

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 45

CRISTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”.

Lucas 24:27

Nuestro propósito

“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia de Dios en la salvación y promover santidad verdadera en el corazón y la vida”.

Portavoz de la Gracia

45

Cristo en el Antiguo Testamento

Contenido

La clave del conocimiento bíblico	4
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	
El Evangelio de la perdición de la serpiente	5
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
Cristo e Isaac	11
<i>George Whitefield (1714-1770)</i>	
Los sufrimientos de Cristo profetizados	15
<i>Jonathan Edwards (1703-1758)</i>	
Cristo en los Salmos	23
<i>William S. Plumer (1802-1880)</i>	
Cristo, el Hijo de Dios	27
<i>Juan Calvino (1509-1564)</i>	
Cristo, el Siervo elegido	29
<i>Matthew Henry (1662-1714)</i>	
Cristo, el Predicador ungido	32
<i>Charles Simeon (1759-1836)</i>	
Cristo y su Evangelio	36
<i>James Durham (1622-1658)</i>	
Cristo, Justicia nuestra	42
<i>George Whitefield (1714-1770)</i>	
Cristo, el Sol de Justicia	48

Richard Sibbes (1577-1635)

Cristo en todas las Escrituras 51

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

Publicado por Chapel Library
*Enviando por todo el mundo materiales centrados
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2023 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org

LA CLAVE DEL CONOCIMIENTO BÍBLICO

J. C. Ryle (1816-1900)

“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24:27).

NOTEMOS [en este versículo] cuán lleno está de Cristo el Antiguo Testamento. Se nos dice que nuestro Señor comenzó por “Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”.

¿Cómo explicaremos estas palabras? ¿De qué manera mostró nuestro Señor “lo que de él decían” en cada parte del ámbito del Antiguo Testamento? La respuesta a estas preguntas es breve y sencilla. Cristo era la sustancia de cada sacrificio del Antiguo Testamento ordenado en la ley de Moisés. Cristo era el verdadero Libertador y Rey de Quien todos los jueces y libertadores en la historia judía, eran tipos. Cristo era el Profeta venidero más grande que Moisés, cuyo glorioso advenimiento llenó las páginas de los profetas. Cristo era la verdadera simiente de la mujer que había de herir la cabeza de la serpiente —la verdadera simiente en la que habían de ser bendecidas todas las naciones— el verdadero Silo en el que había de reunirse el pueblo (Gn. 49:10), el verdadero chivo expiatorio, la verdadera serpiente de bronce, el verdadero Cordero al que apuntaban todas las ofrendas diarias [y] el verdadero Sumo Sacerdote del que todos los descendientes de Aarón eran una representación. Estas cosas —o algo parecido, no necesitamos dudarlo— fueron algunas de las cosas que nuestro Señor expuso en el camino a Emaús.

Que sea un principio establecido en nuestras mentes al leer la Biblia que Cristo es la esencia central de todo el libro. Mientras lo tengamos a Él a la vista, nunca erraremos mucho en nuestra búsqueda de conocimiento espiritual. Una vez que perdamos de vista a Cristo, encontraremos toda la Biblia oscura y llena de dificultades. La clave del conocimiento bíblico es Jesucristo.

Tomado de Pensamientos expositivos en Lucas (*Expository Thoughts on Luke*), Vol. 2 (New York: Robert Carter & Brothers, 1879), 500-501; de dominio público.

J. C. Ryle (1816-1900): Obispo de la Iglesia Anglicana; nacido en Macclesfield, condado de Cheshire, Inglaterra, Reino Unido.



EL EVANGELIO DE LA PERDICIÓN DE LA SERPIENTE

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3:15).

LES ruego que nunca consideren la historia de la serpiente como una fábula... Hubo una serpiente real, como hubo un paraíso real. Hubo un Adán y una Eva reales, quienes estaban a la cabeza de nuestra raza. Y ellos pecaron, realmente, y nuestra raza está, realmente, caída. Créanlo.

Cuando Satanás —“la serpiente antigua... el diablo y Satanás” (Ap. 20:2), como lo llama el Apocalipsis— decidió tentar a Eva para poder destruir la raza que tanto agradaba a Dios, no podía aparecerse a la mujer como un espíritu. Los espíritus no pueden ser discernidos por el ojo, dado que un espíritu puro es algo que ninguno de los sentidos externos de los seres humanos puede aprehender. Un espíritu inmaterial debe ser invisible; por lo tanto, debe encarnarse de una manera u otra, antes de que pueda ser visto. Que Satanás tiene poder para entrar en los cuerpos vivos es evidente, pues lo hizo en gran escala con respecto a los hombres en los días de Cristo. Él y sus legiones fueron, incluso, obligados a entrar en los cuerpos de los cerdos antes que ser arrojados a las profundidades. Al verse obligado a tener una personificación, el principal espíritu maligno percibió que la serpiente era, en ese momento, la más astuta de todas las criaturas; por lo tanto, entró en la serpiente, sintiendo que estaría más a gusto en ese animal. Desde la serpiente, habló a Eva como si la serpiente misma hubiera hablado. Había una serpiente real y material, pero el espíritu maligno que se conoce como la “serpiente antigua”, estaba allí, poseyendo la serpiente natural con toda su magistral astucia. Cruelmente determinado a llevar a la raza humana al pecado para poder así, arruinarla y triunfar sobre Dios, el ángel caído no dudó en asumir la forma de un reptil.

Observen cuidadosamente que cuando el Señor viene a tratar con la serpiente, no le pregunta acerca de su culpa y la razón de esto. La razón es, tal vez, que la culpa del archienemigo era evidente en sí o, mejor aún, porque el Señor no tenía ningún designio de misericordia para con él. No quiso hacer ningún pacto de gracia para el diablo o sus ángeles... Pronunció una sentencia contra la serpiente, la cual, aunque fue terrible

para ella, es muy alentadora para nosotros. Y en la medida en que nuestros primeros padres la comprendieron, debió haber sido un sol de luz para sus almas oscuras y abatidas. Durante muchos años, ésta fue la estrella solitaria de los corazones creyentes: Este evangelio de la perdición de la serpiente. Satanás era su enemigo; les había hecho mal. También era enemigo de Dios, y Dios lucharía contra él y los llamaría a su batalla. Él levantaría a Uno que sufriría, pero que ganaría la victoria —Uno a quien llama la simiente de la mujer—. Por Él, la cabeza de Satanás sería herida y, en ese mismo hecho, la raza humana sería, indeciblemente, bendecida...

Pensemos [pues,] en la guerra incesante con que Dios amenaza a la serpiente: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya”. Contaba con una conquista fácil y, aparentemente, la había obtenido; pero descubriría que su víctima se había convertido en su adversario y, finalmente, en su vencedor. Satanás nunca puede conocer la paz: busca reposo y no lo halla (Mt. 12:43). Cuando habló a aquella mujer con sus astutas palabras de lisonja, pensó que había hecho de ella una amiga. La encantadora criatura en quien Dios había encarnado la perfección de la belleza —¿no la había seducido para que dejara de obedecer al gran Rey? ¿No la había utilizado como instrumento para convertir a su marido en un traidor a su Dios?—. Aquellas dos fueron grandes amigas.

Ella sintió, en el momento en que tomó el fruto, que le debía mucho a la serpiente por haberle dado la gentil insinuación por la cual fue llevada a encontrar la apertura de sus ojos y la elevación de su naturaleza para ser como Dios. ¡Cuán gravemente fue engañada! Tampoco la serpiente se vio favorecida. La alianza se rompió, y el engañador y su víctima quedaron enemistados. Dios declara muy solemnemente: “Pondré enemistad entre ti y la mujer”. Dios se encargará de que no haya paz. ¡Habrá guerra entre Satanás y la simiente de la mujer, mientras el mundo exista!

A veces, parece que va a haber paz porque el mundo lisonjea a la Iglesia, y la Iglesia trata de conformarse al mundo. Así como antes del diluvio de Noé, los hijos de Dios y las hijas de los hombres se unieron en una alianza impía, una y otra vez, ha habido intentos de tregua. Pero no puede haber paz. Hoy, Satanás tienta a los ministros de Cristo para que suavicen el Evangelio, lo adapten a la época y lo hagan popular; y también se esfuerza por derribar la división entre la Iglesia y el mundo. “Llenen la brecha”, dice. “¡Tápenlo como una vieja cloaca y olviden que alguna vez existió!”. Habla así, como el pecador en Proverbios: “Echa tu suerte entre nosotros; tengamos todos una bolsa” (Pr. 1:14). Pero fíjense en esto, todos vosotros

los que me escuchan: Aunque todos los púlpitos fueran capturados y aunque pareciera que los mismos elegidos fueran engañados, Dios no se quedará sin testigo. [Él] encontrará, en algún lugar u otro, algunos elegidos de la simiente de la mujer para continuar la guerra santa hasta el final. Jehová ha puesto su mano sobre su trono y ha jurado tener guerra contra el mal de generación en generación. Vean cómo fue en Israel cuando el sumo sacerdote de Dios, el mismo Elí, fingió no darse cuenta del pecado cuando sus propios hijos, como sacerdotes, cometieron iniquidad a la puerta del tabernáculo y todo Israel fue llevado así, a hacer el mal. ¿Se apagaría la lámpara de la verdad? ¿Sería totalmente aborrecida la adoración del Señor? ¡Oh, no! Un niño pequeño fue llevado por su madre al tabernáculo para ser el siervo del Señor y en él, el Señor encontró un campeón. De noche, llamó Dios a Samuel “y él respondió: Heme aquí” (1 S. 3:4). Este Samuel se presentó ante el Señor y profetizó cosas que hicieron estremecer los oídos de quienes las oían, y el Señor fue grande, de nuevo, en Israel. ¡No tiembles por el arca del Señor! Dios no permitirá que la vieja serpiente extienda su baba sobre todas las cosas. El trono de Satanás siempre tendrá oposición.

Esta enemistad debe ser mantenida por Dios mismo. Él dijo: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya”. ¡Vean aquí la iglesia de Dios anunciada en este versículo! Aquí, no sólo está el Evangelio, sino también la Iglesia. Cristo, la simiente de la mujer, es la Cabeza; y todos los que están en Cristo son su cuerpo. Él y ellos son una simiente. En estas palabras, el Señor estableció la Iglesia que continúa hasta el día de hoy: Una simiente que se opone a Satanás y al mal; una simiente que permanecerá por el poder del Espíritu de Dios, librando una constante guerra contra los poderes del mal. ¿Pertenece-mos a esa simiente? En esta simiente, hay un odio profundamente arraigado a todo lo que es falso y malo. Dios se encargará de que esta simiente nunca ceda ante el poder del mal, pues más aún, se mantendrá firme: “Pondré enemistad entre ti y la mujer”. Si hay falsa doctrina, habrá un reformador que proteste. Si existe alguna forma de maldad, habrá un testigo nacido de lo alto para combatirla. Esta simiente es nacida, no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, sino del Espíritu de Dios que mora en la verdadera simiente de la mujer; y esta simiente será valerosa para el Señor de los ejércitos hasta que el último enemigo sea destruido (1 Co. 15:26).

¿De qué lado estás esta mañana, amigo mío? Hago la pregunta muy claramente a todos los presentes: ¿Has nacido de lo alto? “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Jn. 3:6). Sólo esto último, es la verdadera simiente de la mujer.

Observen que vemos en el texto, el limitado logro de la vieja serpiente. ¿Qué logrará con todos sus ardidés? “Le herirás en el calcañar¹”. Eso es todo. Ésta es, después de todo, la forma de actuar de la serpiente. Satanás es una “serpiente junto al camino, víbora junto a la senda, que muerde los talones del caballo, y hace caer hacia atrás al jinete” (Gn. 49:17). Si no se atreve a atacarte abiertamente, te atacará por la espalda. Es como una serpiente en la hierba que muerde el talón del viajero. El resultado de los seis mil años de astucia y enemistad de Satanás es que ha herido el talón de su víctima.

Ese talón herido es bastante doloroso. He aquí a nuestro Señor en su naturaleza humana, dolorosamente herido: Fue traicionado, atado, acusado, abofeteado, azotado, escupido. Fue clavado en la cruz. Estuvo colgado allí con sed y fiebre, en la oscuridad y el abandono. Le traspasaron las manos y los pies y, por último, le atravesaron el corazón y, al instante, manó de Él, sangre y agua. Satanás hirió de muerte, el calcañar de la simiente de la mujer. Es un asunto triste; pero cuando nuestro Señor pensó en la resurrección, en la salvación de sus elegidos y en la conquista del mundo, esto le pareció cosa leve porque “sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (He. 12:2).

¡He aquí que la simiente de la mujer incluye, además, a todo el pueblo creyente del Señor! Satanás ha herido su calcañar hasta el límite de su poder. A través de las largas persecuciones, ha estado atacando el calcañar de la Iglesia. El diablo echó a la cárcel a muchos de los santos y, a otros, los hizo torturar por causa de Cristo; pero sus almas no fueron vencidas. Sólo pudo herir su calcañar; su espíritu se elevó fuera de su alcance. Y tú, hoy, cuando seas tentado, probado y abatido, puedes ser consolado porque tu Cabeza no está herida: Jesús reina en el cielo. Las aguas son turbias y cubren el cuerpo; pero nuestra Cabeza está por encima de las olas y el cuerpo está a salvo. Las heridas de la serpiente se quedan en el talón y no se extienden más allá. El sufrimiento de la Iglesia, por grande que sea, no es más que una “leve tribulación momentánea”, indigna de ser comparada con el “cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17). Gracias a Dios, el enemigo sólo puede herir tu talón.

La causa de Dios y de la verdad en el mundo puede, por el poder sutil de Satanás, ser por un tiempo tristemente herida en cuanto al talón de su progreso; ¡pero no puede ser lastimada en el corazón de su verdad! El reino avanza penosamente, a causa del talón herido, pero no fracasa. Incluso cuando cojea, atrapa la presa. Alguna doctrina que, posiblemente, haya sido expuesta de manera dudosa, es estudiada más a fondo,

¹ Calcañar – Talón; parte posterior del pie.

es dada a conocer con más cuidado; así que aun el talón herido, obra para bien. Aunque la iglesia de Dios pueda estar bajo una nube por un tiempo, pronto resplandecerá con mayor esplendor.

“Le herirás en el calcañar”. ¡Haz lo mejor que puedas de esto, Satanás, eso no es mucho! Todo lo que eres en tu mayor esplendor, no es sino ser un mordedor de calcañares y nada más. No se te permite envenenar el calcañar, sino sólo herirlo. Aunque el hombre de Dios cojee por un tiempo y sufra donde han estado los colmillos, sin embargo, apoyándose en su Amado, sale del desierto sin falla. Olvidando las heridas de su calcañar, se regocija en los triunfos de su gloriosa Cabeza...

Hemos señalado el limitado triunfo de Satanás y, ahora, observamos su perdición final. “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza”. He aquí, el fin del gran conflicto. Satanás, quien encabeza los poderes del mal en el mundo, ha de luchar con toda su astucia y fuerza, y ha de tener éxito hasta el punto de herir el calcañar del Campeón contra quien lucha; pero al final, la simiente de la mujer ha de herir su cabeza.

Esto se cumplió cuando el Señor Jesús murió: ¡Al morir, honró la Ley, eliminó el pecado, mató a la muerte y derrotó al infierno! Cuando el gran Sustituto bebió la copa de la ira hasta sus últimas heces² por cada alma creyente; cuando arrancó la puerta del sepulcro y se la llevó como Sansón se llevó las puertas de Gaza, con sus pilares, su cerrojo y todo (Jue. 16:3); cuando abrió las puertas del cielo y llevó cautiva a la cautividad; entonces, en verdad, la cabeza del dragón fue aplastada. ¿Qué puede hacer ahora Satanás? ¿No está abatido el acusador de los hermanos? Sigue haciendo de las suyas con amargura y malicia; pero Cristo lo ha aplastado. Sí, el mismo Cristo que fue “despreciado y desechado entre los hombres” (Is. 53:3) —el Hombre de la corona de espinas y el semblante desfigurado, el Hombre de los hombros sangrantes, y las manos y los pies traspasados, el Hombre que nació de una virgen, la simiente de la mujer— ha quebrado el poder del enemigo. ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Él ha derribado al príncipe de las tinieblas de sus lugares altos! ¿No dijo Él mismo: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Lc 10:18)? ¡Él ha herido la cabeza de la serpiente!

Esto es hecho también en todos los creyentes y se hará aún más eficazmente. Hermanos, en aquel día en que el Espíritu Santo nos llevó a confiar en el Señor Jesús, *nosotros* herimos la cabeza de la serpiente. Él había estado acostumbrado a mandar y nosotros a obedecer; así, el pecado tenía dominio sobre nosotros. Pero tan pronto como creímos en Cristo, ese

² **Heces** – En las preparaciones líquidas, parte de desperdicio que se deposita en el fondo del recipiente. Lo más vil y despreciable de cualquier clase. Excrementos.

dominio terminó, y Dagón cayó ante el arca del Señor (1 S. 5:2-7). Veo que la serpiente se eleva sobre mí. Esta gran pitón, con las fauces abiertas, se abalanza sobre mí como si fuera a tragarme rápidamente. Pero no tengo miedo. ¡Oh serpiente, en Cristo Jesús, mi Señor, te he herido en la cabeza porque también, yo soy de la simiente de la mujer! La serpiente no puede levantarse contra la simiente elegida. ¿Qué puede hacer con la cabeza aplastada? Sabe que Dios ha decretado que todo creyente triunfe sobre ella. Está escrito: “El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies” (Ro. 16:20). ¡Aleluya una vez más!

Este golpe en la cabeza del maligno es un golpe mortal. Si hubiera sido herido en la cola o en el cuello, podría haber sobrevivido; pero el Señor matará por completo el reino del mal y aplastará su poder. ¡Cesará el reino del mal y reinará la gracia por medio de la justicia hasta la vida eterna! Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, en los que morará la justicia. Cristo mismo, la simiente de la mujer, vendrá por segunda vez y reinará, gloriosamente, sobre la tierra entre sus antepasados. Entonces, cabalgará prósperamente a causa de la verdad y la justicia, y su diestra exaltará a su pueblo. Su pie hollará al enemigo. ¡Que tú y yo estemos entre la feliz multitud que salude a la simiente de la mujer en su segundo advenimiento! ¡Que podamos reinar con Él en ese día! Por la simiente de la mujer, nos es restaurado el Paraíso y todo el mal de la Caída es deshecho; Él restaura lo que no se llevó...

¿Está esto bien para ti? ¿Tienes los ojos puestos en Jesús, la simiente de la mujer? ¿Confías en Él para quebrantar el poder del enemigo? ¿Deseas que el poder del pecado sea quebrantado en ti? ¿Ansías que la cabeza misma del pecado sea hecha polvo? ¿Anhelas ser libre del pecado y ser santo como Dios es santo? ¿Estás confiando en Jesús para que esto mismo ocurra en ti? ¡Oh! entonces estás del lado de los vencedores. La victoria será tuya a través de la sangre del Cordero.

De esta manera, hemos hallado mucho Evangelio [es decir, a Cristo] en la maravillosa sentencia pronunciada sobre esa vieja serpiente, el diablo; pero sólo hemos rozado la superficie. Al Dios eterno sea la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Tomado de un sermón predicado en la mañana del Día del Señor, 21 de septiembre de 1890, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente predicador bautista inglés; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra, Reino Unido.



CRISTO E ISAAC

George Whitefield (1714-1770)

“Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” (Génesis 22:12).

CREO que el patriarca Abraham es el que más brilla [entre los santos del Antiguo Testamento] y se distingue de los demás como una estrella se distingue de otra en gloria. Pues brilló con tan distinguido lustre que fue llamado “amigo de Dios” (Stg. 2:23), “padre de los fieles”; se dice de los que creen en Cristo que son sus hijos e hijas y que son “bendecidos con el creyente Abraham” (Gá. 3:9). Muchas pruebas de su fe, envió Dios a este gran y buen hombre después de haberle mandado salir de su patria y de su parentela a una tierra que le mostraría; pero la última fue la más dura de todas —la de ofrecer a su hijo único—. Con la ayuda divina, me propongo hacer de esto el tema de vuestra presente meditación. Y, a modo de conclusión, [me propongo] extraer algunas inferencias prácticas de esta instructiva historia, en la medida en que Dios me lo permita...

¿Qué le dice Dios a Abraham? “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto¹ sobre uno de los montes que yo te diré” (Gn. 22:2).

Cada palabra merece nuestra particular observación. Cualquier cosa que tuviera que hacer, debía hacerlo ahora, inmediatamente, sin consultar con carne y sangre. Pero, ¿qué debía hacer? “Toma ahora a tu hijo”. Si Dios hubiera dicho: “Toma ahora un primogénito, o un cordero o un animal escogido de tu rebaño, y ofrécelo en holocausto”, no habría parecido tan espantoso; pero que Dios dijera: “Toma ahora a tu hijo y ofrécelo en holocausto”, uno podría imaginar que era suficiente para hacer tambalear la fe más fuerte. Pero esto no es todo: No sólo debe ser un hijo, sino “tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas” (Gn. 22:2). Si debe ser un hijo y no una bestia lo que debe ofrecerse, ¿por qué no ofrecer a Ismael, el hijo de la esclava? No, debe ser su único hijo, el heredero de todo, su Isaac (por interpretación, “risa”). [Debe ser] el hijo de su vejez, en quien su alma se deleitaba —“a quien amas”— dice Dios, en cuya vida estaba envuelta la suya. Este hijo, este único hijo, este Isaac, el hijo de su amor, debe ser tomado ahora, ahora mismo, sin demora, y ser

¹ **Holocausto** – Sacrificio en el cual se quemaba la víctima completamente.

ofrecido por su propio padre en holocausto sobre uno de los montes que Dios le diría...

Finalmente, “cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña” (Gn. 22:9).

Y aquí, detengámonos un momento, y por fe, echemos una mirada al lugar donde el padre lo ha puesto. No tengo ninguna duda de que los ángeles benditos revoloteaban alrededor del altar y cantaban: “Gloria a Dios en las alturas”, por haber dado tal fe al hombre. Vengan, todos ustedes, padres de corazón tierno, que saben lo que es velar a un hijo moribundo. Imaginen que ven el altar erigido ante ustedes, la leña colocada en orden y al amado Isaac atado sobre él; imaginen que ven al anciano padre de pie llorando. (¿Por qué no suponer que Abraham lloró, si el mismo Jesús lloró ante la tumba de Lázaro?) ...Me parece ver las lágrimas resbalando por las mejillas del patriarca Abraham y desde la abundancia del corazón, gritando: “Adiós, adiós, hijo mío; tú me fuiste dado por el Señor y el Señor te llama; bendito sea el nombre del Señor. Adiós, Isaac mío, mi hijo único, a quien amo como a mi propia alma; adiós, adiós”. Veo al mismo tiempo a Isaac, sometándose, mansamente, en las manos de su Padre celestial y rogando al Altísimo que fortalezca a su progenitor terrenal para asestar el golpe. Pero, ¿por qué intento describir lo que sintió el hijo o el padre? Es imposible. Podemos formarnos una ligera idea de ello, pero nunca lo comprenderemos plenamente hasta que nos sentemos con ellos en el reino de los cielos y les oigamos contar de nuevo esta agradable historia. ¡Apresura, oh Señor, ese tiempo bendito! ¡Oh, que venga tu reino!

Y ahora, se va a asestar el golpe fatal. “Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo” (Gn. 22:10). Pero, ¿no crees que tuvo la intención de volver la cabeza hacia otro lado cuando iba a asestar el golpe? Es más, ¿por qué no podemos suponer que, a veces, retiró su mano después de haberla extendido, deseoso de dar otro último adiós a su amado Isaac, deseando aplazarlo un poco, aunque resuelto al fin, a dar el golpe? Sea como fuere, ahora tiene el brazo extendido, el cuchillo en la mano y está a punto de clavarlo en la garganta de su querido hijo.

¡Pero cantad, oh cielos! ¡Y regocíjate, oh tierra! El límite² del hombre es la oportunidad de Dios porque he aquí: Justo cuando el cuchillo, con toda seguridad, estaba cerca de su garganta, “el ángel de Jehová le dio voces desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham” (Se le llama dos veces para captar su atención y, tal vez, lo repentino de esa voz, le hizo retirar

² **Límite** – Angustia o dificultad extrema.

la mano, justo cuando iba a asestar el golpe a su hijo). Y Abraham dijo: “Heme aquí” (Gn. 22:11).

“Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” (Gn. 22:12)... ¡Con qué consuelo podemos suponer que el buen anciano y su hijo descendieron del monte y regresaron con los jóvenes! ¡Con qué gozo podemos imaginar que regresó a casa y contó a Sara todo lo que había pasado! Y, sobre todo, con qué triunfo se regocija ahora en el paraíso de Dios y adora el rico, libre, distintivo, electivo y eterno amor, el cuál fue el único que le hizo diferente del resto de la humanidad. [Eso] le hizo merecedor del título que tendrá mientras duren el sol y la luna: “El padre de los fieles”...

Pero he aquí, les muestro un misterio oculto bajo el sacrificio del único hijo de Abraham, que, a menos que vuestros corazones estén endurecidos, debe hacerles llorar, abundantemente, lágrimas de amor. De buena gana, espero que me detengan aquí y estén listos para decir: “Es el amor de Dios al dar a Jesucristo para que muriera por nuestros pecados”. ¡Sí! Así es. Y, sin embargo, al mencionar esto, tal vez encuentren que sus corazones no están tan conmovidos. Dejen que esto los convenza de que todos somos criaturas caídas y que no amamos a Dios ni a Cristo como deberíamos. Porque si admiran a Abraham ofreciendo a su Isaac, ¿cuánto más deberían alabar, magnificar y adorar el amor de Dios, que tanto amó al mundo como para dar a su Hijo unigénito, Cristo Jesús, nuestro Señor, “para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16)? ¿No debemos exclamar: “Ahora sabemos, Señor, que nos has amado, pues no nos has negado a tu Hijo —tu único Hijo—”? Abraham era una criatura de Dios... y, por lo tanto, estaba bajo la más alta obligación de entregar a su Isaac. Pero, ¡oh, estupendo amor! Siendo nosotros sus enemigos, “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gá. 4:4) para que se hiciera maldición por nosotros. ¡Oh, la gracia, así como la infinitud del amor de Dios, nuestro Padre! ¡Es inescrutable! Me pierdo en su contemplación; es imposible comprenderlo.

Piensen, oh creyentes, piensen en el amor de Dios al dar a Jesucristo como propiciación por nuestros pecados. Y cuando oigan cómo Abraham construyó un altar, puso la leña en orden, ató a Isaac su hijo y lo puso en el altar sobre la leña, ¡piensen cómo vuestro Padre celestial ató a Jesucristo, su único Hijo, y lo ofreció sobre el altar de su justicia! [Él] puso sobre [Jesús] las iniquidades de todos nosotros. Cuando leas que Abraham extendió su mano para matar a su hijo, piensa, ¡oh, piensa cómo Dios, realmente, permitió que su Hijo fuera inmolado para que nosotros

pudiéramos vivir para siempre! ¿Lees que Isaac llevaba sobre sus hombros, la leña sobre la cual iba a ser ofrecido? Deja que esto te lleve al monte Calvario... y contempla a Jesucristo, el Hijo de Dios, cargando esa cruz y listo para hundirse bajo el peso de ella, en la que iba a ser colgado por nosotros. ¿Admiras a Isaac porque consintió tan libremente en morir, aunque era una criatura, y, por lo tanto, estaba obligado a ir cuando Dios lo llamó? ¡Oh, no olvides admirar, infinitamente más, al amado Señor Jesús, aquella simiente prometida que, voluntariamente, dijo: “He aquí, que vengo” —aunque sin obligación de hacerlo— “oh Dios, para hacer tu voluntad”, para obedecer y morir por los hombres (He. 10:9)!

¿Lloraste hace un momento cuando te pedí que imaginaras que has visto el altar, la leña colocada en orden e Isaac atado sobre el altar? ¡Mira por fe, contempla al bendito Jesús, nuestro todo glorioso Emanuel, no atado, sino clavado en un madero maldito! ¡Mira cómo cuelga coronado de espinas... mira cómo las espinas le traspasan y cómo la sangre en torrentes purpúreos gotea por sus sienes sagradas! ¡Escucha cómo gime el Dios de la naturaleza! ¡Mira cómo inclina su cabeza y, finalmente, la humanidad abandona el espíritu!

¡Isaac es salvado, pero Jesús, el Dios de Isaac, muere! Se ofrece un carnero en lugar de Isaac, pero Jesús no tiene sustituto: ¡Jesús debe sangrar, Jesús debe morir! Dios Padre se proveyó de este Cordero desde toda la eternidad. Él debe ser ofrecido a su debido tiempo o el hombre debe ser condenado para siempre.

Y ahora, ¿dónde están tus lágrimas? ¿Debo decirte que refrenes tus voces de llanto? No, más bien, permíteme exhortarte a que mires a Aquel a quien has traspasado y te lamentes como una mujer llora a su primogénito porque nosotros hemos sido los traidores. Nosotros hemos sido los asesinos de este Señor de gloria y ¿no hemos de lamentar esos pecados que llevaron al bendito Jesús al madero maldito? Habiendo hecho tanto, habiendo sufrido tanto por nosotros, habiendo perdonado tanto, ¿no amaremos mucho? ¡Oh! Amémoslo con todo el corazón, con toda la mente y con todas nuestras fuerzas, y glorifiquémosle en el alma y en el cuerpo porque son suyos.

Tomado de Sermones selectos de George Whitefield (*Selected Sermons of George Whitefield*); de dominio público.

George Whitefield (1714-1770): Ministro anglicano y un gran evangelista durante el Gran Despertar; nacido en Gloucester, Gloucestershire, Inglaterra.



LOS SUFRIMIENTOS DE CRISTO PROFETIZADOS

Jonathan Edwards (1703-1758)

SEGÚN las antiguas profecías, los sufrimientos del Mesías iban a ser extremadamente grandes. “Porque mis días se han consumido como humo, y mis huesos cual tizón están quemados. Mi corazón está herido, y seco como la hierba, por lo cual me olvido de comer mi pan. Por la voz de mi gemido mis huesos se han pegado a mi carne. Soy semejante al pelícano del desierto; soy como el búho de las soledades... Por lo cual yo como ceniza a manera de pan, y mi bebida mezclo con lágrimas, a causa de tu enojo y de tu ira; pues me alzaste, y me has arrojado” (Sal. 102:3-6, 9-10). “He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto¹, se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar... Contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan” (Sal. 22:14-15, 17). “Las aguas han entrado hasta el alma. Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas y la corriente me ha anegado. Cansado estoy de llamar; mi garganta ha enronquecido... El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado” (Sal. 69:1-3, 20). “Le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido... herido fue... molido... Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él y afligido... Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento” (Is. 53:4-7, 10).

Según las antiguas profecías, la mezquindad manifiesta, la humillación, la desgracia y el desprecio de que sería objeto el Mesías, serían sumamente grandes, hasta el extremo, y sus enemigos se burlarían y lo escarnecerían en gran manera. “Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo. Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza” (Sal. 22:6-7). “Porque por amor de ti he sufrido afrenta; confusión ha cubierto mi rostro... Y vine a serles por proverbio. Hablaban contra mí los que se sentaban a la puerta, y me zaherían en sus canciones los bebedores... Tú sabes mi afrenta, mi confusión y mi oprobio... el escarnio ha quebrantado mi corazón” (Sal. 69:7, 11-12, 19-20). “Soy semejante al pelícano del desierto; soy como el búho de las soledades... cada día me afrentan mis enemigos” (Sal. 102:6, 8). “Como se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y

¹ **Tiesto** – Fragmento de una vasija rota de barro cocido.

su hermosura más que la de los hijos de los hombres” (Is. 52:14). “No escondí mi rostro de injurias y de esputos” (Is. 50:6). El hecho de que Jesús fuera vendido por treinta monedas de plata y el dinero entregado al alfarero, concuerda notablemente con Zacarías 11:12-13.

Se predijo que el Mesías sufriría mucho por la crueldad de los hombres. “Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente... Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies” (Sal. 22:12-13, 16). “Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa; se han hecho poderosos mis enemigos, los que me destruyen sin tener por qué... Sácame del lodo, y no sea yo sumergido; sea yo libertado de los que me aborrecen... delante de ti están todos mis adversarios... Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre. Sea su convite delante de ellos por lazo... Porque persiguen al que tú heriste” (Sal. 69:4, 14, 19, 21-22, 26). “Despreciado y desechado de los hombres... [fue] angustiado él y afligido” (Is. 53:3, 7), con el contexto. “Con vara herirán la mejilla al juez de Israel” (Mi. 5:1).

El hecho de que Jesús fuera dejado solo en su sufrimiento, abandonado por todos sus discípulos y por aquellos que poco antes lo admiraban, gritando: “Hosanna”, etc., concuerda con Salmos 22:11: “No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude”. “Extraño he sido para mis hermanos... Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé” (Sal. 69:8, 20). “Velo, y soy como el pájaro solitario sobre el tejado” (Sal. 102:7). Estos dos últimos pasajes verificaron, notablemente, el momento de su agonía, cuando velaba y velaba solo, y sus discípulos rehusaron velar con Él para consolarlo una hora y cuando en su gran angustia, acudió a ellos, una y otra vez, buscando ser consolado por su compañía. Mas, cuando buscó a sus discípulos para que se apiadaran de Él, cuando les dijo que su alma estaba “muy triste, hasta la muerte” (Mt. 26:38), no encontró a nadie que se apiadara de Él y buscó consoladores, pero no los encontró.

El hecho de que Jesús fuera rodeado por sus enemigos en sus últimos sufrimientos —[quienes] se ocuparon de vituperarlo, burlarse de Él y afligirlo— concuerda con Salmos 22:12-13, 16: “Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente... Porque perros me han rodeado; me han cercado cuadrilla de malignos”. Y el hecho de que lo rodearan personas de diversas naciones —judíos y prosélitos² de todas partes del

² **Prosélito** – Persona que se ha adherido, recientemente, a una causa, ideología o colectividad, en este caso, a la religión judía.

mundo, de todas las naciones bajo el cielo, y Herodes y sus ayudantes, paganos, romanos, soldados y sirvientes, probablemente de muchas naciones paganas— concuerda con Salmos 118:10-12: “Todas las naciones me rodearon... Me rodearon; y me asediaron... Me rodearon como abejas”.

Que los sufrimientos de Jesús fueron tales que, de una manera notable, desfiguraron y deformaron su rostro —su semblante fue desfigurado primero con un sudor sangriento, por la saliva de sus enemigos y por las heridas que le infligieron, golpeándole con una vara en la cabeza y derramando su sangre sobre su rostro por la corona de espinas— yo digo que estas cosas concuerdan con Isaías 52:14: “De tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres”. “Confusión ha cubierto mi rostro” (Sal. 69:7). Que Jesús fuera abundantemente escupido por sus enemigos, concuerda con Isaías 50:6: “No escondí mi rostro de injurias y de esputos”. Que los enemigos de Jesús le golpearan y le hirieran en la cabeza y en la cara con un palo y con las manos, concuerda con Isaías 50:6: “Di... mis mejillas a los que me mesaban la barba”. “Con vara herirán en la mejilla al juez de Israel” (Mi. 5:1). Que Jesús fuera azotado, concuerda con Isaías 50:6: “Di mi cuerpo a los heridores”.

Estaba predicho que el Mesías moriría, que moriría de muerte violenta, moriría a manos de sus crueles enemigos y moriría mucho antes de llegar a la edad [promedio] del hombre o en medio de sus días. “Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío... Hiere al pastor” (Zac. 13:7)... “Después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías” (Dn. 9:26). “Me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado” (Sal. 22:15-16). “Mis días se han consumido como humo... mis días son como sombra que se va... Él debilitó mi fuerza en el camino; acortó mis días. Dije: Dios mío, no me cortes en la mitad de mis días” (Sal. 102:3, 11, 23-24). Estos pasajes de Salmos 102, muestran que Él iba a morir mucho antes de llegar a la edad del hombre y que iba a morir en la mitad de sus días. Esto se cumplió, exactamente, en Jesús. Y el versículo 8, muestra que su muerte fue por la maldad y crueldad de sus enemigos: “Cada día me afrontan mis enemigos; los que contra mí se enfurecen, se han conjurado contra mí”.

“Como cordero fue llevado al matadero... Fue cortado de la tierra de los vivientes... Se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte... [puso] su vida en expiación por el pecado... Derramó su vida hasta la muerte” (Is. 53:7-10, 12). “Oh Dios, los soberbios se levantaron contra mí, y conspiración de los violentos ha buscado mi vida” (Sal. 86:14). “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya;

esta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Gn. 3:15). Las profecías de la resurrección de Cristo de entre los muertos, de las que me ocuparé más adelante, implican que Él debía morir...

Jesús murió por la crueldad de sus hermanos, los judíos. Al ser odiado y perseguido hasta la muerte por la maldad de ellos contra Él, excitada por su celo por Dios —particularmente por su vejación³ [de ellos] por su celo por el honor del templo— y el desprecio de ellos hacia Dios, concuerda con Salmos 69:7-9: “Porque por amor de ti he sufrido afrenta; confusión ha cubierto mi rostro. Extraño he sido para mis hermanos, y desconocido para los hijos de mi madre. Porque me consumió el celo de tu casa; y los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí”. Esta profecía tuvo un notable cumplimiento en Jesucristo. Los gobernantes y maestros de... la casa de Dios fueron, prodigiosamente, provocados por las severas reprensiones de Jesús por sus perversos malos manejos en esa... casa de Dios, de la cual, tenían el cuidado y el cargo. Su falsa enseñanza, anulando el mandamiento de Dios por medio de su tradición, corrompiendo la adoración de la casa de Dios; su comportamiento orgulloso en la casa de Dios ocupando los primeros asientos en las sinagogas y colocándose ellos mismos en el lugar de Dios; su deseo de ser llamados “Rabí, Rabí”, injuriando así a Dios, Quien era su único maestro; por cerrar la casa de Dios contra los hombres, sin entrar ellos mismos y estorbando a los que estaban entrando; por unir las largas oraciones en la casa de Dios con las prácticas codiciosas y la extorsión inicua, devorando las casas de las viudas y enseñando a los hombres que si juran por el templo o por el altar, no es nada (Mt. 23); y entrando [Jesús] en el templo poco antes de su crucifixión y echando fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, derribando las mesas de los cambistas y los asientos de los que vendían palomas, acusándolos de hacer del templo una cueva de ladrones. Por estas cosas, se enfurecieron y no se fueron hasta haber impregnado sus manos en su sangre.

La muerte de Cristo [fue] una muerte muy reprochable e ignominiosa. “Porque me consumió el celo de tu casa [o me devoró, acabó conmigo]... y los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí... El escarnio ha quebrantado mi corazón” (Sal. 69:9, 20). Esto también puede inferirse de las profecías de la muerte de Cristo que están tan conectadas con las profecías de su extrema ignominia y oprobio (Sal. 22, 102; Is. 53).

Se predijo que el Mesías sería condenado a muerte en un proceso judicial. “Por cárcel y por juicio fue quitado... fue cortado de la tierra de los vivientes” (Is. 53:8). “Hablaban contra mí los que se sentaban a la

³ **Vejación** – Irritación, maltrato, humillación.

puerta” (Sal. 69:12). Se predijo que el Mesías sufriría como un malvado, sería condenado a muerte como un vil malhechor y sufriría con los tales. “Por cárcel y por juicio... fue cortado de la tierra de los vivientes... y se dispuso con los impíos su sepultura... fue contado con los pecadores” (Is. 53:8-9, 12). Se predijo que sus enemigos le darían muerte traspasándole sus manos y sus pies. “Y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies” (Sal. 22:15-16).

El hecho de que los enemigos de Cristo se burlaran de Él mientras estaba bajo sus últimos sufrimientos, insultándole por su pretendido alto favor con Dios, meneando sus cabezas, es el cumplimiento más exacto y maravilloso de Salmos 22:7-8: “Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó a Jehová; líbrele él; sálvele, puesto que en él se complacía”. El hecho de que dieran a Jesús hiel y vinagre cuando estaba sediento concuerda con Salmos 69:21: “Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre”. El hecho de que partieran entre ellos los vestidos de Jesús y echaran suertes sobre su vestidura es un cumplimiento notable de Salmos 22:18: “Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes”. Y lo que hace más notable el cumplimiento de esto es que hubiera una circunstancia tan especial en el vestido de Jesús que propició la ocasión de que se cumplieran ambas cosas: La túnica, el vestido principal, al no tener costuras, de modo que los verdugos no pudieran tener partes iguales, les obligó a echarlo a suertes.

Podemos concluir que, en la muerte de Jesús, hubo un notable cumplimiento de... Salmos 22:14: “Todos mis huesos se descoyuntaron”. Porque Él, teniendo su fuerza sumamente consumida y los tendones excesivamente relajados antes de su crucifixión, debido a su agonía de la noche anterior; su velar toda la noche y ayunar hasta ese momento bajo constantes y crueles sufrimientos; llevando su cruz hasta desplomarse bajo ella y, luego, permanecer colgando por sus manos heridas, soportando todo su peso sobre ellas durante tres horas continuas, consumiendo todo el resto de su fuerza y vida y, poco a poco, relajando y estirando, más y más, los tendones y ligamentos por los cuales los huesos se mantenían unidos, las coyunturas debían, necesariamente, descoyuntarse y los huesos separarse. Se predijo que el Mesías moriría bajo gran dolor y aflicción en su mente, así como dolor físico. “He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte” (Sal. 22:14-15). “El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado” (Sal. 69:20). “Mi corazón está herido y seco como la

hierba” (Sal. 102:4). “Derramó su vida hasta la muerte” (Is. 53:12). Y, en efecto, el tenor general de los Salmos 22 y 69, y de Isaías 53, así lo demuestra.

Es conforme a las profecías que Dios se alejara, notablemente, del Mesías y lo dejara desprovisto de los consuelos de su presencia bajo sus últimos sufrimientos. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamo de día, y no respondes; y de noche, y no hay para mí reposo” (Sal. 22:1-2).

Se predijo que habría una mano especial de Dios en los sufrimientos y la muerte del Mesías, y que esos sufrimientos serían fruto de su indignación e ira. “Porque persiguieron al que tú heriste, y cuentan del dolor de los que tú llagaste” (Sal. 69:26). “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado” (Is. 53:10). “Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío... Hiere al pastor” (Zac. 13:7). “Del principal de sus renuevos cortaré un tallo” (Ez. 17:22). “Me has puesto en el polvo de la muerte” (Sal. 22:15). “A causa de tu enojo y de tu ira; pues me alzaste, y me has arrojado. Mis días son como sombra que se va, y me he secado como la hierba” (Sal. 102:10-11).

Era conforme a las profecías que Cristo se mostraría notablemente manso durante sus últimos sufrimientos, y que callaría y hablaría poco en medio de todas las injuriosas acusaciones, vejámenes y crueles oprobios de sus enemigos. “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Is. 53:7). “Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado” (Sal. 22:15-16). Tan irrazonables y crueles eran los que le rodeaban que en vano era que hablara.

Se predijo que el Mesías participaría, activamente, en sus propios sufrimientos y muerte, y que se sometería a ellos voluntariamente. “Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte” (Is. 53:12). “Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos” (Is. 50:6).

Que Jesús, en el tiempo de sus últimos sufrimientos, intercediera ante su Padre por aquellos hombres horriblemente perversos, sus crucificadores — incluso en el mismo momento en que, en el ardor de su crueldad, su maldad sanguinaria y el colmo del desprecio, lo estaban clavando en la cruz y Él suplicaba por ellos, diciendo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34)— fue una maravillosa expresión de la plena y perfecta

sumisión, paciencia y obediencia de su alma bajo los sufrimientos puestos ante Él. La gloriosa santidad, gracia y excelencia infinitamente meritoria de ese acto de su alma, al ofrecerse a Sí mismo para morir por los pecadores, fue hecho con perfecto amor, humildad, mansedumbre y amor a Dios y a los pecadores bajo toda la prueba que luego [pasó], tanto por los sufrimientos que soportó como por el pecado de los hombres que, entonces, estaba en su color más negro y en las circunstancias más difíciles. Y fue un maravilloso cumplimento de lo que dice Isaías 53:12: “Habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores”. La intercesión de la que allí se habla, parece ser la intercesión que Él hizo en sus últimos sufrimientos porque de eso es de lo que se habla en el contexto y en este versículo. Y se habla de la intercesión aquí mencionada como una circunstancia meritoria y concomitante⁴ de sus últimos sufrimientos, y una manifestación de su grande y meritoria virtud en el sufrimiento, a causa de la cual, Dios lo recompensaría tan gloriosamente. Todo el versículo dice así: “Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores”.

Se predijo que, aunque el Mesías muriera bajo circunstancias de gran desprecio como hombre inicuo y malhechor, sin embargo, Dios, en algunas circunstancias de su muerte, se cuidaría de honrarlo como recompensa de su inocencia y méritos, estando, en cierto sentido, con los ricos en su muerte. “Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca” (Is. 53:9). Esto se cumplió, notablemente, cuando José de Arimatea, un hombre rico, se sintió extraordinariamente conmovido para venir con audacia y pedir el cuerpo de Jesús para darle una sepultura muy honorable en su propia tumba nueva. Este hombre rico fue animado así para honrar el cuerpo muerto de Jesús porque, en su propia mente, era consciente de que Él sufrió injustamente y que “nunca hizo maldad” (Is. 53:9). [Jesús no era] culpable de ningún fraude o engaño que le hiciera merecedor de ser castigado así por el magistrado.

Se predijo que el sacrificio del Mesías haría plena satisfacción a la justicia de Dios, de tal manera que haría innecesario cualquier otro sacrificio posterior. “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable... A la mitad de la semana [o en la mitad de la semana] hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (Dn. 9:24, 27). Es evidente que en el versículo 24: “Para

⁴ **Concomitante** – Que acompaña una cosa o actúa junto a ella.

terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable”, son varias expresiones que significan la misma obra gloriosa y maravillosa que se hará... La palabra en el original, traducida “expiar la iniquidad”, es la misma que se usa en la Ley para hacer expiación mediante sacrificio, de modo que las palabras implican que el Mesías ofrecería tal expiación por el pecado que pondría fin o consumaría la transgresión y sellaría el pecado, es decir, que [Él] completaría, totalmente, el asunto de la reconciliación, de manera que no habría más ocasión para ir a hacer la reconciliación u ofrecer ninguna otra expiación por [el pecado]. Así que, por estas expresiones, parece como si los sacrificios por el pecado, desde ese momento en adelante, debieran cesar, al ser hechos cesar por el Mesías. [En] el versículo 27, se dice, expresamente, que deberían [cesar] en ese mismo tiempo del que se habla en este versículo, es decir, en la última mitad de [la] semana de las setenta semanas. Uniendo estas cosas, no podemos entender esas profecías de otro modo que no sea que el Mesías ofrecería un sacrificio tal para expiar el pecado que haría innecesarios todos los demás sacrificios y oblaciones por el pecado y pondría fin a ellos.

Tomado de El cumplimiento de las profecías del Mesías (*Fulfillment of the Prophecies of the Messiah*), en Documentos de Jonathan Edwards (*Jonathan Edwards Documents*) (New Haven, CT: The Jonathan Edwards Center at Yale University, 2016).

Jonathan Edwards (1703-1758): Predicador y teólogo congregacional estadounidense; nacido en East Windsor, Colonia de Connecticut, Estados Unidos.



Los tipos del Antiguo Testamento proporcionan pruebas incontrovertibles de que el Evangelio no fue una invención de los tiempos del Nuevo Testamento. Cuando el Salvador resucitado quiso dar a conocer a sus discípulos el significado de su muerte, leemos: “Comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lc. 24:27). Lejos de que el Evangelio de los apóstoles fuera algo (absolutamente) nuevo, cada elemento del mismo fue revelado muchos siglos antes de su nacimiento, no sólo en palabras, sino en representaciones visibles: Hubo tanto una maravillosa anticipación como una preparación para el Evangelio. Así, una contemplación reverente de los tipos, proporciona una bendita confirmación de la fe, pues atestiguan la autoría divina de ambos Testamentos. Además, estimulan la adoración: Incluso cuando conocemos a una persona, disfrutamos contemplando su imagen; así sucede aquí. Es Cristo quien está ante nosotros en ellos. —A. W. Pink

Es bueno ver que la verdadera doctrina en cuanto al Salvador del hombre, no es sólo del Nuevo Testamento, sino de toda la Biblia. De este modo, aparece la unidad de la revelación divina. El testimonio de la profecía se sumará al de los milagros que acompañaron la vida de Jesús y el ministerio de sus seguidores. Se verá que la autoridad de la revelación posterior descansa, no sólo sobre estos milagros, sino también sobre la concordancia de sus enseñanzas con la verdad inspirada ya aceptada por los judíos. —James Petigru Boyce

CRISTO EN LOS SALMOS

William S. Plumer (1802-1880)

EL asunto de mayor peso en la controversia respecto a la interpretación de los Salmos, se refiere a su aplicación a Cristo. ¿Hasta qué punto son mesiánicos? ¿Tiene alguna parte de ellos, una aplicación primaria a David o a Salomón y una referencia secundaria a Cristo? ¿Eran estos reyes tipos del Salvador? Si es así, ¿hasta qué punto podemos considerarlos como tipos? En este asunto, puede haber habido temeridad e insensatez por ambas partes. Una fantasía desenfrenada puede encontrar supuestas analogías donde no se pretendía sugerir ninguna. Y una mente fría y crítica puede rechazar los tipos más sorprendentes. Decir que nada en el Antiguo Testamento es un tipo de Cristo, a menos que en el Nuevo Testamento se declare expresamente que lo es, es tan contrario a la razón como decir que ninguna profecía del Antiguo Testamento se refiere a Cristo, a menos que se cite como tal en el Nuevo. Toda la antigua dispensación estaba llena de figuras. Así lo enseña Pablo en Hebreos 10:1. Por otra parte, los hombres fantasiosos pervierten cualquier cosa. Al explicar la Palabra de Dios, debemos actuar con sobriedad. La Escritura pide a los hombres que usen el sentido común. Si carecen de él, errarán cualesquiera que sean las reglas de interpretación que adopten. Deben probar todas las cosas.

Se ha dicho a menudo que Cocceius¹ llevó al extremo la interpretación tipológica, encontrando a Cristo en todas partes. Tanto Cristo como sus Apóstoles, enseñaron que el Antiguo Testamento estaba repleto del Mesías y su Reino. Véase Lucas 24:44 y Hechos 3:24. Estos pasajes son apoyados por Lucas 24:27, 2 Timoteo 3:15 y muchos otros. Por lo tanto, si Cocceius encontró a Cristo “en todos los profetas”, hombres inspirados hicieron lo mismo hace miles de años. Puede haber errado en algunos de sus puntos de vista, pero un examen de su obra sobre los Salmos me demuestra que es una guía mucho más segura y sólida que cualquiera de sus traductores. Este gran hombre escribió en una época en que el mundo estaba muy extraviado y, su intento de recordar a la humanidad las verdades sencillas de la Escritura, provocó una violenta oposición que cubrió su nombre con un inmerecido reproche. No estableció ninguna regla de interpretación de los Salmos más exhaustiva que la de Horsley: “No hay una página de este Libro de los Salmos en la que el lector piadoso no encuentre a su Salvador, si lee con

¹ **Johann Cocceius** (1603-1669) – Teólogo reformado holandés.

la intención de encontrarlo”². Henry: En el Libro de los Salmos, “hay tanto en él de Cristo y su Evangelio, así como de Dios y su Ley, que ha sido llamado *el resumen o sumario de ambos Testamentos...* David era un tipo de Cristo, Quien descendió de él, no de Moisés porque [Cristo] vino a remover el sacrificio (la familia de Moisés se perdió y extinguió pronto), y a establecer y perpetuar el gozo y la alabanza porque de la familia de David en Cristo no habría fin”³.

La gran clave para la interpretación de los Salmos con respecto a David y Salomón, se encuentra en 2 Samuel 7, donde Dios da una clara promesa de que la simiente de David reinaría para siempre. En ningún sentido puede cumplirse esa promesa, excepto en Cristo Jesús. El obispo Chandler observa, muy justamente, que “los judíos deben haber entendido que David, su príncipe, era una figura del Mesías... De otro modo, no habrían hecho de sus salmos, una parte de su adoración diaria, ni David los hubiera entregado a la Iglesia para que se emplearan de ese modo, si no fuera para instruirlos y apoyarlos en la creencia de este artículo fundamental. [Si] el Mesías [no estuviera] implicado en los Salmos, [sería] absurdo celebrar dos veces al día, en sus devociones públicas, los acontecimientos de la vida de un hombre, fallecido hace tanto tiempo, que no tiene relación ahora con los judíos y las circunstancias de sus asuntos; o transcribir pasajes enteros de ellos en sus oraciones por la venida del Mesías”⁴.

Gill dice que “el tema de este libro es sumamente importante y excelente; muchos de los Salmos se refieren a la persona, los oficios y la gracia de Cristo; sus sufrimientos y muerte, resurrección, ascensión y asiento a la diestra de Dios y, por ello, son sumamente adecuados para la dispensación evangélica”⁵. Dr. J. A. Alexander: “La cadena de promesas mesiánicas que durante siglos se había roto u ocultado bajo el ritual profético, fue ahora renovada por la adición de un nuevo eslabón en la gran promesa mesiánica hecha a David (2 S. 7) de sucesión perpetua en su familia”⁶.

Al discutir la cuestión de “si todos los Salmos deben aplicarse a Cristo o no”, Scott dice: “Sin duda, toda mente piadosa admitirá que cada uno

² **Samuel Horsley** (1733-1806) – Clérigo británico, obispo de Rochester desde 1793. El Libro de los Salmos (*The Book of Psalms*) (London: F.C. & J. Rivington, 1815), x-xi.

³ **Matthew Henry** (1662-1714) – Una exposición del Antiguo y del Nuevo Testamento (*An Exposition of the Old and New Testament*), Vol. 3 (Philadelphia, PA: Barrington & Haswell, 1828), 195.

⁴ **Edward Chandler** (1666-1750) – Una defensa del cristianismo desde las profecías del Antiguo Testamento (*A Defence of Christianity from the Prophecies of the Old Testament*) (London: James & John Knapton, 1728), 198.

⁵ **John Gill** (1697-1771) – Una exposición del Antiguo Testamento (*An Exposition of the Old Testament*), Vol. 3, Serie de comentarios bautistas (*The Baptist Commentary Series*) (London: Mathews and Leigh, 1810), 524.

⁶ **Joseph Addison Alexander** (1809-1860) – Los Salmos traducidos y explicados (*The Psalms Translated and Explained*) (Edinburgh: Andrew Elliot; James Thin, 1864), 7.

de ellos apunta inmediatamente a Él en su persona, carácter y oficios; o puede aplicarse de tal manera que conduzca los pensamientos del creyente a Aquel que es el centro de toda religión aceptable”. Leighton: “Hay muchas cosas en los Salmos y otras partes del Antiguo Testamento aplicadas por los Apóstoles a Cristo, que, de no ser por su autoridad, quizá nadie habría considerado que se referían a Él”⁷.

Por lo tanto, podríamos estar de acuerdo con Morison en que “no percibimos ninguna guía infalible, sino en los comentarios y apropiaciones de Cristo y sus Apóstoles”⁸ y, sin embargo, con coherencia podríamos decir con él: “No se puede discutir con justicia que muchos de los Salmos tienen un doble sentido”. Y hay mucha verdad en la observación del dr. Allix, de que, “aunque el sentido de cerca de cincuenta salmos esté fijado y establecido por autores divinos... Sin embargo, Cristo y sus Apóstoles no se comprometieron a citar todos los salmos que podían citar, sino sólo a dar una clave a sus oyentes, por la cual pudieran aplicar a los mismos temas, los salmos de la misma composición y expresión”⁹.

Nada de lo dicho hasta aquí, tenía por objeto oponerse a la regla de interpretación establecida por Melancthon¹⁰ de que siempre debemos buscar el sentido gramatical de la Escritura; ni a la establecida por Hooker¹¹: “Sostengo como una regla más infalible en las exposiciones de la Sagrada Escritura que, cuando una construcción literal se sostiene, la [interpretación] más alejada de la literalidad es, comúnmente, la peor”. Admitamos, pues, en todos los casos, el sentido literal o primario de la Escritura.

Pero esto no debe impedirnos admitir también, en muchos casos, el sentido espiritual o secundario. Una cosa que se dice de David, puede ser, literalmente, verdad en él. Así, tenemos el sentido primario. Pero David era un tipo de Cristo y lo que dice principalmente de sí mismo, puede tener un cumplimiento secundario en Cristo y, así, tenemos el sentido espiritual. Sin admitir esto, ¿cómo es posible aplicar la doctrina de los tipos en las personas al antitipo? Cuando tenemos una figura, lo primero es descubrir el fundamento y el sentido de la figura; lo siguiente es aplicarla al asunto en cuestión.

Esto no es dar una licencia desenfadada a los caprichos de hombres sin juicio. Vitringa tenía razón cuando condenó lo que, a menudo, ha pasado bajo el calificativo de espiritualizar: “No niego que muchos

⁷ **Robert Leighton** (1611-1684) – Ministro y erudito escocés.

⁸ **John Morison** – Una exposición del libro de los Salmos (*An Exposition of the Book of Psalms*) (London: Ebenezer Palmer, 1829), ix.

⁹ **Pierre Allix** (1641-1717) – El libro de los Salmos (*The Book of Psalms*) (London: J. Taylor, 1701), ix.

¹⁰ **Philip Melancthon** (1497-1560) – Teólogo alemán y sucesor de Lutero.

¹¹ **Richard Hooker** (1554-1600) – De la política eclesiástica y otras obras (*Of Ecclesiastical Polity and Other Works*), Vol. 2 (London: Holdsworth and Ball, 1830), sec. 59, 211.

hombres de facultades no instruidas y de juicio superficial, en casi todas las épocas de la Iglesia, han encomendado a personas como ellos, bajo el nombre de interpretaciones alegóricas de la Escritura, ciertas fantasías débiles y estúpidas en las que no hay unción, juicio ni discernimiento espiritual; [ellos] han buscado esos misterios suyos que brotan de una frígida invención, ya sea en lugares impropios o promiscuamente en todos los lugares, sin ninguna discriminación de circunstancias, sin ningún fundamento en la alegoría o en la verosimilitud¹² del lenguaje. Por eso, no me extraña que, a muchas personas sensatas, se les haya ocurrido pensar si no sería mejor abandonar por completo este estudio al uso de los hábiles —sobre el cual, la experiencia nos enseña que las capacidades de muy pocos son adecuadas— que exponer la Sagrada Escritura a los experimentos insensatos de los inhábiles, causándose un gran perjuicio a sí mismo y suscitando el aplauso de los profanos”¹³. La verdad es que nada es más importante para el intérprete de la Escritura que el buen sentido común. Un hombre necio o fantasioso, aplicará mal las mejores reglas de exposición. En vano esperamos sabiduría de quienes carecen de sobriedad.

Martín Bucero: “Tendría mucho valor para la Iglesia que —renunciando a alegorías y otros artificios frívolos, los cuales no sólo son vacíos, sino que desvirtúan mucho la majestad de la doctrina de Cristo— todos prosiguiéramos, sencilla y sobriamente, lo que nuestro Señor quiere decirnos”¹⁴. Tampoco podemos aplicar correctamente a Cristo, los salmos *penitenciales*¹⁵ o representarlo como *pidiendo perdón*. En Sí mismo, Él era santo, puro, sin mancha, separado de los pecadores, perfectamente inocente, sin nada de qué arrepentirse. Y si el pecado imputado a Él le fue perdonado, entonces, no fue expiado por Él. De hecho, el perdón no es imputación. Tampoco podemos aplicar a Cristo aquellas partes del Salterio que abogan por el sometimiento de las *corrupciones*. Él no tenía corrupciones que subyugar. Sin embargo, la observación de Hilario es de gran peso: “La clave de los Salmos es la fe de Cristo”¹⁶.

Tomado de Estudios en el libro de los Salmos (*Studies in the Book of Psalms*) (Philadelphia; Edinburg: 1872), 16-18; de dominio público.

William S. Plumer (1802-1880): Ministro presbiteriano y escritor estadounidense; nacido en Greensburg, Pensilvania, Estados Unidos.



¹² **Verosimilitud** – Apariencia de ser verdadero o real.

¹³ **Campegius Vitringa** (1659-1722) – Bibliista reformado holandés.

¹⁴ **Martín Bucero** (1491-1551) – Reformador protestante en Estrasburgo, Alsacia, Francia.

¹⁵ **Salmos penitenciales** – Siete salmos (6, 32, 38, 51, 102, 130, 143) que expresan arrepentimiento.

¹⁶ **Hilario de Poitiers** (h. 315-368) – Obispo francés; quien defendió la deidad de Cristo.

CRISTO, EL HIJO DE DIOS

Juan Calvino (1509-1564)

“Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy” (Salmos 2:7); “... la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy” (Hechos 13:33).

ESTO es lo principal: Que sepamos cuán apropiada y cuán bien Pablo aplica el testimonio tomado del salmo a la presente situación. No negamos que David, cuando vio que era asaltado por todos lados por sus enemigos, y que eran de mayor poder y fuerza de lo que él era capaz de resistir, puso contra ellos la ayuda de Dios, Quien él sabía, era el autor de su reino y reinado. Pero viendo que David era una figura del verdadero Mesías, sabemos que aquellas cosas, sólo eran sombras en su persona, las cuales sólo se aplican, completa y perfectamente, al Mesías...

El texto mismo prueba, suficientemente, que no se trata sólo de una simple y sencilla acción de gracias, acorde con el reino de David, sino de una *profecía* más elevada. Porque es bien sabido que David apenas probó en su vida, la centésima parte de la gloria de que se habla en este pasaje (Sal. 2:1-12)...

Examinemos más detenidamente las palabras: Los reyes son llamados, ciertamente, hijos de Dios (Sal. 82:6). Pero dado que Dios tiene la intención de preferir a David sobre todos los demás reyes y de excluirlo del número de ellos, este título de honor le es dado a él, principalmente, por encima de todos los demás; no porque en su persona recaiga tan grande honra, sino porque por este medio, él pasaría por encima de los ángeles, como se dice en la Epístola a los Hebreos, capítulo 1. Por lo tanto, es así, magníficamente presentado con respecto a Cristo, a Quien Dios no toma por uno de la clase común o por alguien de una gran multitud, sino que Él, por así decirlo, lo reconoce como su hijo unigénito. La prueba es que Dios lo engendró [a David] cuando estableció el reino en su mano. Porque eso no fue hecho por la destreza del hombre, sino que Dios mostró desde el cielo, el invencible poder de su mano, por lo que, claramente, podría parecer que él reinaba según el consejo de Dios. Por lo tanto, el haber sido engendrado, como él lo menciona, debe referirse al entendimiento del conocimiento de los hombres, es decir, a causa de que, entonces, fue abiertamente conocido que él fue engendrado de Dios cuando, maravillosamente, él fue puesto en el trono del

reino, contrario a la expectativa de todos los hombres; y, por el poder celestial del Espíritu, rompió infinitas conspiraciones porque él no podía reinar hasta que él hubiera traído a todas las naciones alrededor de él, en sujeción, como si un cierto mundo fuera sometido.

Pasemos ahora a Cristo. Él no vino al mundo sin las evidencias que demostraran que Él era el Hijo de Dios. Porque su gloria se manifestó como correspondía al unigénito Hijo de Dios, como está escrito en Juan 1:14. Y Él dice, en todas partes, que tiene a Dios por testigo y sustentador de este honor (Jn. 5:36). Por lo tanto, Dios “engendró” a Cristo cuando grabó en Él ciertas marcas por medio de las cuales podía conocerse que era su imagen e Hijo verdadero y viviente. Y, sin embargo, esto no impide que Cristo sea la Sabiduría engendrada por el Padre Eterno antes de los tiempos (Pr. 8:22-36). Pero esa es la generación secreta¹. David declara ahora que fue revelada a los hombres —de modo que la relación es, como hemos dicho, con los hombres y no con Dios porque lo que estaba oculto en el corazón de Dios, fue dado a conocer a los hombres—. Y es una figura bien elegida porque la deidad de Cristo no fue menos declarada y establecida que si Él hubiera sido engendrado por Dios ante los ojos de los hombres... Cuando el Espíritu de Dios mismo es su propio intérprete y, considerando que explica por boca de Pablo lo que había dicho por medio de David, no debemos inventar ningún otro significado. Y puesto que (como el mismo Pablo atestigua) Cristo fue declarado Hijo de Dios con poder cuando resucitó de entre los muertos (Ro. 1:4), deducimos que ésta fue la principal prueba de su excelencia celestial y que el Padre lo puso entonces, verdaderamente a la vista, para que el mundo pudiera saber que fue engendrado de Él. Por lo tanto, aunque Dios comenzó a levantar a Cristo cuando vino al mundo, sin embargo, su resurrección fue, por así decirlo, perfecta y plena; porque mientras que antes Él fue humillado habiendo tomado, por así decirlo, la forma de un siervo (Fil. 2:7), luego, apareció como vencedor de la muerte y Señor de la vida; de modo que no le faltó nada de esa majestad propia del Hijo de Dios y, ciertamente, del Hijo unigénito.

Tomado del Comentario sobre los Hechos de los Apóstoles (*Commentary upon the Acts of the Apostles*), traducido al inglés por Christopher Fetherstone y editado por Henry Beveridge.

Juan Calvino (1509-1564): Reformador francés; nacido en Noyon, Picardía, Francia.



¹ **Generación secreta** – Se refiere a la doctrina de la generación eterna del Hijo por el Padre.

CRISTO, EL SIERVO ELEGIDO

Matthew Henry (1662-1714)

“He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia. No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperrarán su ley” (Isaías 42:1-4).

ESTAMOS seguros de que estos versículos deben entenderse con relación a Cristo, pues el evangelista nos dice, expresamente, que en Él se cumplió esta profecía (Mt. 12:17-21). “Mirad con ojos de fe, mirad y observad, mirad y admirad a mi Siervo, a Quien sostengo”. Que los santos del Antiguo Testamento lo contemplen y lo recuerden. Ahora, ¿qué debemos contemplar y considerar con respecto a Él?

I. La preocupación del Padre por Él y su relación con Él, la confianza que puso y la complacencia que tuvo en Él. Esto lo honró y lo hizo notable por encima de cualquier otra circunstancia (v. 1). **1.** Dios lo considera como un servidor para Él: Él es “mi siervo”. Aunque era Hijo, como Mediador¹, tomó la forma de siervo, aprendió la obediencia a la voluntad de Dios y la practicó, y se entregó a Sí mismo para promover los intereses del reino de Dios. [En esto] fue siervo de Dios. **2.** Como un elegido por Él: Él es “mi escogido”. No se impuso a Sí mismo en el servicio, sino que fue llamado por Dios y escogido como la persona más apta para ello. La Sabiduría infinita hizo la elección y luego, la declaró. **3.** Como alguien en quien puso su confianza: “Es mi siervo en quien me apoyo”, así lo leen algunos. El Padre depositó en Él la confianza de que llevaría a cabo su plan y, con esa confianza, llevó a “muchos hijos a la gloria”. Fue una gran confianza la que el Padre depositó en el Hijo, pero le sabía a la altura, capaz y fiel. **4.** Como alguien a quien cuidaba: “He aquí mi siervo, yo le sostendré”; así lo leemos. El Padre lo sostuvo y lo confirmó, sosteniéndolo; estuvo a su lado y le fortaleció. **5.** Como

¹ **Mediador** – *Literalmente*: Intermediario. “Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos, para que fuera el Mediador entre Dios y el hombre; Profeta, Sacerdote y Rey; Cabeza y Salvador de la Iglesia, el heredero de todas las cosas y Juez del mundo; a Quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que a su tiempo lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara” (Confesión de Fe Bautista de Londres 1689, 8.1) y ver Portavoz de la Gracia N° 23: *Cristo el Mediador*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

alguien en quien se complacía plenamente: “Mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento”. Su contentamiento estaba en Él desde la eternidad, cuando “con él estaba yo ordenándolo todo” (Pr. 8:30). Tuvo una satisfacción especial en su compromiso: Se declaraba complacido en Él (Mt. 3:17; 17:5) y, por eso, lo amaba porque puso su vida por las ovejas. Dejemos que nuestras almas se deleiten en Cristo, se apoyen en Él, se regocijen en Él y así, estemos unidos a Él. Entonces, por su causa, el Padre estará complacido con nosotros.

II. La cualificación de Él para su oficio: “He puesto mi Espíritu sobre Él” para capacitarle para llevar a cabo su plan (Is. 61:1). El Espíritu, no sólo vino, sino que “reposó sobre él” (Is. 11:2), no “con medida”, como sobre otros siervos de Dios, sino sin medida (Jn. 3:34). Aquellos a quienes Dios emplea como sus siervos, como a Él, los sostendrá y se complacerá en ellos, pondrá su Espíritu sobre ellos.

III. La obra para la cual ha sido designado: Es traer “justicia a las naciones”, es decir, en infinita sabiduría, santidad y equidad, establecer una religión en el mundo, bajo cuyos lazos, las naciones deberán venir y cuyas bendiciones deberán disfrutar. Él vino para dar a conocer los juicios del Señor a las naciones, los cuales habían estado ocultos para ellas (Sal. 147:20) porque Él había de ser “una luz para iluminarlas” (Lc. 2:32).

IV. La dulzura y la ternura con que debe llevar a cabo este plan (vv. 2-3). Lo llevará a cabo **1.** En silencio y sin ruido. “No gritará, ni alzaré su voz” (Mt. 12:19). No será proclamado: “Aquí está el Cristo, o mirad allí está” (Mr. 13:21) como cuando los grandes príncipes marchan en cabalgata o hacen una entrada pública. No se tocarán trompetas delante de Él, ni le seguirá ningún séquito ruidoso. No luchará contra la oposición que encuentre, sino que soportará pacientemente la contradicción de los pecadores contra Él mismo. Su reino es espiritual y, por lo tanto, sus armas no son carnales, ni su apariencia pomposa. No se presenta con ostentación. **2.** Suavemente y sin rigor. Él será paciente con aquellos que son malvados cuando haya comenzado a aplastarlos, dado que ellos son como cañas cascadas. Les dará tiempo para arrepentirse y no los quebrantará de inmediato. Los soportará como lo hizo con Jerusalén, aunque sean tan ofensivos como el humo en su furor (Is. 65:5). Será tierno con los débiles, con los que sólo tienen un poco de vida, un poco de calor. [A los] que son débiles como una caña, oprimidos por dudas y temores como una caña cascada, que son como pábilo que humea, como la mecha de una vela recién encendida, que está a punto de apagarse de nuevo —Él no los despreciará; no abogará contra ellos con su gran poder—. [No les] impondrá más trabajo ni más sufrimiento del que puedan soportar, lo cual los quebrantaría y apagaría. Sino que, con gracia, [Él] considerará su condición.

Hay más implicado aquí de lo que se expresa. Él no quebrará la caña cascada, sino que la fortalecerá para que se convierta en cedro en los atrios de nuestro Dios. No apagará el pábilo humeante, sino que lo hará arder. Nota que Jesucristo es muy tierno con los que tienen verdadera gracia, aunque no sean más que débiles en ella; y [Él] acepta la buena voluntad del espíritu, perdonando y pasando por alto la debilidad de la carne.

V. El valor y la constancia con que debe perseverar en este plan, a fin de llevar a cabo su propósito (v. 4): “No se cansará ni desmayará”. Aunque encuentra un duro trabajo y mucha oposición, y [aunque] prevé cuán ingrato será el mundo, no obstante, continúa con su parte de la obra hasta que puede decir: “Consumado es” (Jn. 19:30). Él capacita a sus Apóstoles y ministros para que también continúen con los suyos y no fracasen ni se desanimen hasta que ellos, de igual manera, hayan terminado su testimonio. Así, Él cumple lo que se había propuesto. **1.** “Por medio de la verdad traerá justicia”. Mediante una larga serie de milagros y su resurrección al final, evidenciará² plenamente, la verdad de su doctrina, y el origen divino y la autoridad de la santa religión que vino a establecer. **2.** Establece el juicio en la tierra. Él erige su gobierno en el mundo, una Iglesia para Sí mismo entre los hombres. [Él] reforma el mundo y, por el poder de su Evangelio y de su gracia, establece en la mente de los hombres, principios que tienden a hacerlos sabios y justos. **3.** Las costas de las naciones “esperarán su ley”, esperarán su Evangelio, es decir, le dan la bienvenida como si hubiera sido algo que habían esperado durante mucho tiempo. Se convertirán en sus discípulos, se sentarán a sus pies y estarán dispuestos a recibir la ley de su boca: “¿Qué quieres que hagamos?”.

Tomado del Comentario de toda la Biblia de Matthew Henry (*Matthew Henry's Commentary on the Whole Bible*), de dominio público.

Matthew Henry (1662-1714): Predicador, autor y comentarista presbiteriano; nacido en Broad Oak, Flintshire, Gales, Reino Unido.



“Escudriñad las Escrituras... ellas son las que dan testimonio de mí”. —*Juan 5:39*

“...demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo”. —*Hechos 18:28*

Cuando [Jesús] reprendió a los dos discípulos por su lentitud de corazón para creer, se nos dice que “comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lc. 24:27). Los oráculos divinos se designan como “la palabra de Cristo” (Col. 3:16) porque Él es la sustancia de ellos. Donde no han llegado las Escrituras, Cristo es desconocido. Clara prueba de ello es que no es posible conocerlo aparte de su testimonio inspirado. —*A. W. Pink*

² **Evidenciar** – Mostrar de forma clara; probar.

CRISTO, EL PREDICADOR UNGIDO

Charles Simeon (1759-1836)

“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya” (Isaías 61:1-3).

EVIDENTEMENTE, estas palabras son importantes a causa de las benditas verdades que contienen. Se nos recomiendan con doble fuerza por haber sido el tema del primer discurso de nuestro Señor, después de su entrada en su oficio profético. La interpretación de las mismas que Él ha sugerido, no nos deja ninguna duda respecto a la conveniencia de aplicárselas a Él (Lc. 4:17-22). Por lo tanto, mientras comenzamos con esta Escritura y les predicamos a Jesús, podemos decir con verdad: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lc. 4:21). Que la lectura de la misma suscite entre nosotros, no meramente una admiración pasajera, sino un deseo profundo y permanente de gozar de las bendiciones que en ella se revelan. El profeta, hablando del Mesías, declara, ...

I. Su llamado a su oficio: Nuestro Señor fue consagrado a su oficio profético por una unción visible del Espíritu Santo. Así como los sacerdotes y los reyes eran separados para sus respectivos oficios al derramar aceite sobre sus cabezas, así, en algunas ocasiones, lo eran también los profetas (1 R. 19:16). Nuestro Señor, Quien en todos sus oficios superó infinitamente a todos los que le habían precedido, fue consagrado por una unción de la cual, el aceite de la unción, no era más que un tipo y una sombra. El “Espíritu de Jehová el Señor” fue derramado sobre Él en el momento de su bautismo y el descenso del Espíritu en forma visible sobre Él, como una paloma, lo señaló como divinamente comisionado para ejecutar la obra y el oficio del Mesías (Jn. 1:32-34). De hecho, fue llamado Mesías y Cristo por la misma razón de haber sido “ungido con óleo de alegría” más que todos los que habían participado de ese don celestial (He. 1:9 *cf.* Sal. 45:7). También por esa unción, estaba cualificado para desempeñar el cargo que se le había encomendado.

Aunque como Dios, nuestro Salvador no podía ser más perfecto, sin embargo, como hombre, “Jesús crecía en sabiduría y en estatura” (Lc.

2:52) y necesitaba que se le concediesen aquellos dones y gracias que eran apropiados para el desempeño de su oficio de mediador. En consecuencia, leemos que “Dios no [le] da el Espíritu por medida” (Jn. 3:34) como a otros profetas, sino en toda su plenitud; y que reposaba sobre Él como “espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová” (Is. 11:2). Así, fue tanto llamado y cualificado al mismo tiempo porque, aunque estaba destinado para su obra desde la eternidad y preparado para ella desde su primera concepción en el vientre de la virgen, no obstante, no se completaron sus cualificaciones hasta que el gran sello del cielo fue puesto en su comisión y fue consagrado públicamente al servicio de Dios. El profeta (Isaías) procede a mostrar ampliamente, ...

II. La comisión que le fue dada: Los términos en los que se expresa su comisión, tienen especial referencia a los jubileos¹ que se proclamaban cada cincuenta años. Él fue enviado, ...

1. Para [proclamar] la salvación a todos los que la necesitaban: En el tiempo del jubileo, todos los que por cualquier motivo se habían visto obligados a vender sus propiedades y a entregarse a sí mismos y a sus familias como esclavos a sus acreedores, eran liberados de su esclavitud y restaurados a la plena posesión de su herencia, en el mismo instante en que sonaba la trompeta (Lv. 25:10, 41). El Evangelio es esa trompeta y proclama “libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel” (Is. 61:1). El oficio de nuestro Señor era tocar esta trompeta, anunciar estas buenas nuevas, declarar que este año aceptable había llegado y que había llegado el “día” en el que Dios tomaría “venganza” de todos sus enemigos y opresores (Is. 61:2). ¡Estas son, ciertamente, buenas nuevas para aquellos que son conscientes de su esclavitud al pecado y a Satanás, y que saben que han vendido la herencia del cielo por los placeres del pecado! Pero para aquellos que no son conscientes de su culpa y miseria, el sonido de la trompeta parece un ruido vacío —o, en vez de eso, un insulto que implica un estado de degradación² que no sienten ni quieren reconocer—. De ahí que la comisión de nuestro Señor, aunque extendida a todos, se dirigía, más particularmente, a “los mansos”; pues sólo para ellos, los humillados bajo su miserable condición, la [proclamación] de una salvación gratuita contiene alguna noticia grata.

2. Para impartir la salvación a todos los que la desearan: A los quebrantados de corazón y a los enlutados en Sión, Él vino a “señalar” y a “dar” las bendiciones que deseaban. Se le esperaba como “la consolación de Israel” (Lc. 2:25) y en ese sentido, apareció particularmente. Si

¹ **Jubileos** – Dios ordenó años de emancipación y restauración en la historia judía.

² **Degradación** – Deterioro de una moralidad honorable y empeoramiento de la decadencia moral.

algunos estaban abatidos con “espíritu de tristeza” y lamentándose en “polvo y ceniza” (Job 30:19; 42:6), Él vino “a vendar los quebrantados de corazón” y a reanimar sus almas para que pudieran ser consolados y llegaran a ser como personas unguadas con aceite y vestidas con ropas más alegres que para alguna gran fiesta³ (Is. 61:2-3). Podemos concebir los sentimientos de un hombre que, en un instante, ha sido restaurado desde el grado más bajo de servidumbre y miseria, a la plenitud y el honor; pero debemos experimentar la bendición de la salvación, antes de que podamos formarnos una idea adecuada del gozo y la alegría que Cristo infunde en el alma contrita⁴ y creyente. Hasta aquí, nuestro Señor mismo, aplicó el pasaje; pero el profeta añade, ...

III. Los fines por los cuales Él ejecuta esta comisión: En cada parte de su obra, nuestro Señor conectó dos grandes fines:

1. El beneficio del hombre: Aunque una vez fuimos plantados como una noble vid, nos hemos convertido en plantas degeneradas de una vid extraña y, en lugar de producir buenos frutos, no producimos más que uvas de Sodoma y racimos de Gomorra (Jer. 2:21; Dt. 32:32). Pero Cristo desea rectificar nuestra naturaleza caída y hacer de nosotros “árboles de justicia” (Is. 61:3) que, “en lugar de la zarza crecerá ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá arrayán” (Is. 55:13), para que seamos como árboles plantados y regados por la mano de Dios. Éste es el fin de su misión y es, invariablemente, el efecto de su ministerio. Miremos, solamente, a los convertidos en el día de Pentecostés y en ellos contemplaremos una muestra justa de los efectos producidos por el Evangelio predicado —y las mismas bendiciones le son dadas a todo aquel a quien la palabra de Cristo llega con poder—. Son trasplantados del desierto al huerto del Señor y tienen como su “fruto la santificación, y como fin, la vida eterna” (Ro. 6:22).

2. La gloria de Dios: Éste no podía ser sino el gran fin que Jesús tuvo siempre en la mira: Él habría pecado si hubiera habido alguna consideración superior o, incluso, comparable a ésta en su mente. Y, ¡cuán bien estaba calculada su comisión para promoverla! Mírenlo como asume nuestra causa y viene del cielo para redimirnos; ¿podemos dejar de admirar el amor y la condescendencia de ese Dios que lo envió? Escuchen las noticias que proclama: ¡Una salvación plena, gratuita y eterna para los pecadores que perecen! ¿No nos llena de asombro tan estupenda misericordia? Miren las multitudes, cuyos corazones quebrantados ha

³ **Nota de editor** – Hay en el original, una *paronomasia* [juego de palabras con semejanza fonética que se diferencian por el orden de las letras] que no puede expresarse en una traducción; él dará *Phear* por *Ephar*, es decir, “gloria en lugar de cenizas”.

⁴ **Contrita** – Aplastada o quebrantada en espíritu por un sentimiento de pecado.

sanado Él; míralos regocijándose en la tierra o proclamando sus alabanzas en el cielo! ¿No estamos dispuestos a aplaudir de alegría y a prorrumpir en aclamaciones y hosannas? ¡No hay ninguna parte de la obra de Cristo, ya sea realizada por Él o disfrutada por nosotros, excepto la que nos llama a glorificar a Dios con todo nuestro corazón! Y por toda la eternidad resonarán las alabanzas a Dios de miríadas de redimidos, que con voces unidas exclamarán: “Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Ap. 5:13).

Este tema se puede MEJORAR,

1. Por convicción: Todos profesan esperar la salvación por medio de Cristo, aunque sean insensibles a su estado perdido y desvalido. Pero, si Cristo vino a los mansos, a los afligidos y a los quebrantados de corazón, ¿qué tienen que ver con aquellos cuyos corazones están enteros y que no se humillan ante Él? “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos” (Mr. 2:17); tampoco vino a “llamar a justos” —a los que se creen justos— “sino a pecadores al arrepentimiento”. Que nadie pues, espere tomar parte [en] su salvación, a menos que sienta la necesidad de ella y consienta en recibirla como su don gratuito e inmerecido.

2. Para consolación: Los que se dan cuenta de que han vendido el cielo y sus propias almas por “vanidad⁵” (Is. 29:21), están dispuestos a decir: “¿Será rescatado el cautivo de un tirano?” (Is. 49:24). Nosotros respondemos: “Podrá liberarse, instantáneamente, de sus ataduras y asegurar su libertad, si tan sólo acepta la misericordia proclamada. Sólo cree en Cristo y la herencia perdida del cielo será tuya”... ¡No tienes nada que pagar por tu liberación, sino recibirla gratuitamente! No tienes nada que temer de tus enemigos porque ha llegado el día de la venganza de Dios. Y Él aplastará a todos tus enemigos debajo de tus pies. Sólo permitan que estas noticias penetren en vuestros corazones y Dios se glorificará en vuestra felicidad eterna.

Tomado de Horas homiléticas: Isaías (*Horae Homileticae: Isaiah*), Vol. 8 (London: Holdsworth & Ball, 1832), 559-563; de dominio público.

Charles Simeon (1759-1836): Ministro anglicano que ejerció una influencia dura en el pensamiento evangélico inglés; nació en Reading, Berkshire, Inglaterra.



“...era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”. —*Lucas 24:44b*

⁵ Por vanidad – Por nada.

CRISTO Y SU EVANGELIO

James Durham (1622-1658)

“¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?” (Isaías 53:1).

ESPERAMOS que no sea necesario insistir en explicar el alcance de este capítulo ni en aclarar a quién se refiere y de quién está hablando el profeta. El eunuco lo preguntó una vez cuando estaba leyendo este capítulo: “¿De quién dice el profeta esto; de sí mismo, o de algún otro?” (Hch. 8:34). Y es tan claramente contestado por Felipe que, a partir de estas palabras, comenzó y le predicó de Jesucristo, por lo cual, no tiene por qué haber duda de ello ahora. Para los cristianos, estos dos pueden poner fuera de duda que Jesucristo y la sustancia del Evangelio se compendian¹ y resumen aquí.

1. Si comparamos el texto de este capítulo con lo que está en los cuatro evangelistas², lo veremos tan completo y, a menudo, tan literalmente hecho de Cristo que, si alguien leyera este capítulo y lo comparara con ellos, encontraría que los evangelistas hacen comentarios de él y lo exponen más plenamente.

2. Que no hay ninguna Escritura en el Antiguo Testamento que con tanta frecuencia y tan convincentemente, sea aplicada a Cristo como ésta, habiendo apenas un versículo o al menos no muchos, que los evangelistas o los apóstoles utilicen para [presentar] a Cristo.

Si nos fijamos pues, la totalidad de las palabras de este capítulo recogen la suma y la sustancia del Evangelio. Incluyen estas dos cosas: 1. La correcta descripción y manifestación de Jesucristo; y 2. El despliegue y la apertura del Pacto de Redención³. Donde están estos dos, allí está la suma del Evangelio; estos dos están aquí, por lo tanto, la suma del Evangelio está aquí.

En primer lugar, se describe a Jesucristo. 1. En su persona y naturalezas como Dios, siendo eterno; como hombre, estando bajo sufrimiento. 2. En todos sus oficios como sacerdote, ofreciéndose a Sí mismo como

¹ **Compendio** – Breve narración.

² **Cuatro evangelistas** – Mateo, Marcos, Lucas y Juan y sus Evangelios.

³ **Pacto de Redención** – Acuerdo entre los miembros de la Divinidad, especialmente, entre el Padre y el Hijo, sobre el plan de redención: Dios Padre propuso 1) El cumplimiento de la salvación a través de la Persona y obra de Dios Hijo y 2) la aplicación de la salvación a través del poder regenerador del Espíritu.

sacrificio para satisfacer la justicia; como profeta, revelando su conocimiento para la justificación de muchos; y como rey, dividiendo el botín con los fuertes. 3. En su humillación, en la *causa* de ella, en el *fin* de ella, en el *sujeto* de ella, en la *naturaleza y origen* de todo: El beneplácito de Dios. 4. Y en su exaltación y el resultado⁴ prometido a Él en retribución por todos sus sufrimientos y humillación.

En segundo lugar, aquí se describe y establece el Pacto de Redención.

1. En las partes del mismo: Dios [el Padre] y el Mediador. 2. En cuanto al asunto sobre el que trataba: La simiente que fue entregada a Cristo y todos aquellos cuyas iniquidades recayeron sobre Él. 3. En cuanto a los compromisos mutuos de ambas partes: El Hijo se compromete a hacer de su alma una ofrenda por el pecado; el Padre promete que la eficacia⁵ de su satisfacción será imputada y aplicada para la justificación de los pecadores; y los términos sobre los cuales o la forma en que se produce esta imputación y aplicación, se lleva a cabo, a saber, “por su conocimiento”⁶ (Is. 53:11). Todo esto se expone aquí, claramente.

Esto es sólo un toque de la excelencia de esta Escritura y de los materiales (por decirlo así) en ella, como abarcando la sustancia y médula del Evangelio. No seremos minuciosos al dividir el capítulo, considerando que estas cosas que hemos sugerido, están entretrejidadas en él.

El primer versículo es una breve introducción que nos conduce a lo que sigue. El profeta ha estado hablando en el capítulo anterior de Cristo como Siervo de Dios, [Quien] debía ser ensalzado y puesto muy en alto; y antes de proceder, más particularmente, a develar este misterio del Evangelio, exclama a modo de lamento: “¿Quién ha creído a nuestro anuncio?”. “¡Ay!”, dirá, “estas buenas nuevas que llevamos, pocos las tomarán de nuestra mano⁷, tal es la despreocupación del hombre, sí, la malicia y la obstinación⁸, que las rechazan”. “¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?” señala la necesidad de que el poder de Dios acompañe a la predicación e, incluso, a las ordenanzas más vivas para hacerlas eficaces. ¡Cuán pocos son aquellos a quienes el poder de Dios cautiva a la obediencia de esta verdad!

Para la primera parte de este versículo: “¿Quién ha creído a nuestro anuncio?”. A fin de ampliarlo un poco, tomemos estas cuatro o cinco

⁴ **Resultado** – Retribución, en este contexto, la herencia prometida a Cristo por su obediencia (Ef. 1:22; He. 2:7-8; Fil. 2:5-11).

⁵ **Eficacia** – Poder para producir un efecto deseado.

⁶ **Por su conocimiento** – Por el conocimiento de Cristo y de su obra en el Evangelio, los pecadores creen para vida eterna.

⁷ **Pocos... nuestra mano** – Pocos las tomarán con confianza como de nuestra autoridad y creerán en las buenas nuevas de Cristo.

⁸ **Obstinación** – Estado de negarse tercamente a cambiar la opinión o el curso de acción.

consideraciones, antes de llegar a las doctrinas.

1. Considera primero, el tema de este anuncio en referencia a su alcance: No es cualquier anuncio, sino un anuncio de Cristo y del Pacto de Redención y de gracia. En el original es: “Quien ha creído a *nuestro escuchar*”, activamente; es decir, “lo que hemos propuesto que se escuche”. Y la palabra se convierte en *noticias* [en] Daniel 11:44, y en *rumor* [en] Jeremías 51:46. Es la noticia y el rumor de un Mediador sufriente, interponiéndose Él mismo entre Dios y los pecadores. Es posible que se mencione el *escuchar* para señalar la confianza que tenía el profeta al comunicar esta noticia. Primero la escuchó de Dios y en eso fue pasivo; y luego, activamente, la propuso al pueblo para que la escuchara.

2. Considera que el profeta habla de este anuncio, no como en su propia persona solamente, sino como en la persona de todos los que, alguna vez, predicaron o predicarían este Evangelio. Por lo tanto, este anuncio no es particular de Isaías, sino que es nuestro anuncio, el anuncio de los profetas anteriores y de los siguientes después de él, y de los apóstoles y ministros del Evangelio.

3. Considera que Isaías habla de este anuncio, no sólo con respecto a lo que él se encontró en su propio tiempo, sino como previendo lo que sería el comportamiento de la gente en referencia a ello, en los tiempos posteriores. Por lo tanto, se argumenta que este mismo pasaje, da una razón de la incredulidad de los judíos (Jn. 12:38; Ro. 10:16) porque Isaías lo predijo mucho antes.

4. Considera que cuando se queja de la falta de fe en el anuncio y las noticias del Evangelio, no se refiere a la falta de fe histórica como si el pueblo no quisiera escuchar a Cristo para nada, sino a la falta de fe salvadora. Por eso se dice: “Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él” (Jn. 12:37); y se adjunta esta Escritura profética como razón de ello: “Para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?” (Jn. 12:38), aplicando el *creer* del que aquí se habla, a esa fe salvadora por la que la gente cree y descansa en Jesucristo.

Considera que, aunque no se nombra expresamente a quién se queja el profeta, no hay duda de que es a Dios. Por eso, [en] Juan 12:38 y Romanos 10:16, cuando se cita esta Escritura, se dice: “Señor, ¿quién ha creído nuestro anuncio?”. Por lo tanto, es la queja del profeta por el poco fruto que [él] tenía y que los ministros del Evangelio tenían en la predicación del Evangelio —lamentándose y quejándose de ello a Dios como un asunto doloroso— que, llegando a tantos, y que tan pocos obtengan provecho de él, que tan pocos sean llevados a creer y a ser salvos por él.

Aunque estas palabras son pocas, contienen cuatro grandes cosas, las cuales reduciremos para hablar, más claramente, sobre ellas: (1) Que el gran tema de la predicación y la gran misión del predicador, es anunciar acerca de Jesucristo para traer noticias acerca de Él. (2) Que el gran deber (implícito) de los oyentes, es creer este anuncio y, en virtud de él, ser traídos a descansar y confiar en Jesucristo. (3) Que la incredulidad es el gran pecado, aunque habitual, de la mayoría de los oyentes del Evangelio. “¿Quién ha creído?”. Es decir, son pocos los que han creído; es cosa rara ver a alguien que crea a este anuncio. (4) Que la gran queja, el peso y el dolor de un ministro honesto del Evangelio es ésta: Que su mensaje no es tomado de su mano, que Cristo no es recibido, creído y no se descansa en Él. Éste es el gran desafío que los ministros tienen contra la mayoría de la gente y el motivo de su queja a Dios: Cualquier cosa que anuncien acerca de Cristo, Él no es bien recibido, su Reino no prospera.

Para hablar de lo primero, considerando las palabras con respecto al alcance, extraeremos de ellas cinco o seis doctrinas.

Doctrina uno: La primera de las cuales es más general: Que revelar a Cristo Jesús y darlo a conocer es la noticia más grandiosa, la nueva más alegre y el más excelente anuncio que jamás haya llegado o pueda llegar a un pueblo. No hay nada semejante que se les pueda decir, no hay noticias semejantes que puedan oír; éste es el anuncio del que habla el profeta a modo de eminencia, un anuncio por encima y más allá de todos los demás anuncios. ¡Es noticia digna de que la lleven los ángeles! “He aquí”, dice uno de ellos: “Os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo” (Lc. 2:10). ¿Y a qué se refieren estas noticias precedidas de un *he aquí?* ¡“...que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lc. 2:11)! Estas son las buenas noticias de que Jesucristo ha venido y de que Él es el Salvador por excelencia. No insistiremos en esto; sólo (1) encontraremos una pequeña visión de este tema en las siguientes palabras que, claramente, presentan a Cristo —Dios y hombre en una persona— tan completamente calificado y excelentemente [equipado] para sus oficios. (2) También está claro, si consideramos los excelentes efectos que vienen por estar tan [equipado], tales como satisfacer la justicia, liberar a los cautivos, triunfar sobre principados y potestades, destruir las obras del diablo, etc. *No se puede* hablar de obras o efectos más excelentes. (3) Es claro que si miramos a Aquel de quien proviene este anuncio y en cuyo seno se gestó esta noticia (si se nos permite hablar así), son el resultado del consejo de la Divinidad. Por lo tanto, así como el anuncio aquí se hace en nombre del Señor, así también se eleva la queja a Él cuando no es tomado de la mano del profeta⁹. (4) Y es claro, si nos

⁹ **No es tomado... de la mano** – No creído, aunque entregado con autoridad por el profeta.

fijamos en lo misterioso de estas noticias, que los ángeles nunca podrían haberlas concebido, si no hubiera llegado este anuncio. Estas cosas dicen que son grandes, gloriosas y buenas noticias —alegres nuevas como se dice al final del capítulo anterior—. Verán lo que nunca les fue contado y entenderán lo que jamás habían oído.

Aplicación 1: La primera aplicación es hacer que nuestros corazones amen el Evangelio y aumentar nuestra estimación por él. La gente tiene “comezón de oír” las novedades... Pero ¿hay alguna noticia con tantos beneficios como [el Evangelio]? Cuando Dios envía noticias a los hombres, ideben ser grandes noticias! Y así es, en efecto.

Aplicación 2: Por lo tanto, teme tener aversión a las verdades claras y sustanciales del Evangelio. Si nunca las hubiera escuchado antes, probablemente, algún ateniense estaría ansioso por escucharlas y hablar de ellas (Hch. 17:21); pero no por escucharlas y hablar de ellas con frecuencia, se debe pensar menos en ellas.

Aplicación 3: Por tanto, piensa más en el Evangelio, puesto que contiene la sustancia de estas buenas nuevas y alegres noticias; y piensa más en las ordenanzas del Evangelio, por medio de las cuales, estas buenas nuevas se publican y se te hacen plenas con frecuencia.

Doctrina dos: Observa, más particularmente, que Jesucristo y lo que le concierne (las buenas y gozosas nuevas de un Salvador y su anuncio de ellas) es la obra muy propia de un ministro y el gran tema de la predicación de un ministro. Su obra propia es dar a conocer a Cristo. O tomémoslo así: Cristo es el tema original sobre el que debe desarrollarse toda predicación. Éste es el anuncio del que habla aquí el profeta y, en efecto, así fue para Juan y los otros Apóstoles, y así debe ser para todos los ministros. Cristo Jesús y lo que concierne a su Persona, naturalezas y oficios; conocerle y darle a conocer en sus oficios de Sacerdote, Profeta y Rey: Sacerdote en su sufrimiento y satisfacción de la justicia; Profeta en la revelación de la voluntad de Dios; Rey para subyugar las concupiscencias y corrupciones de la gente; y conocerle y darle a conocer de la manera por la cual los pecadores —tanto predicadores *como* oyentes— pueden llegar a tenerle para sí mismos.

Éste, éste es el tema de toda predicación y toda predicación debe ser nivelada en esta marca. Pablo es perentorio¹⁰ en esto. “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado” (1 Co. 2:2), como si hubiera dicho: “No me ocuparé de otra cosa, sino que me dedicaré a esto”. No sólo se abstendrá de inmiscuirse en ocupaciones civiles, sino que dejará a un lado su erudición, elocuencia y

¹⁰ **Perentorio** – Determinado, asertivo, concluyente, categórico.

sabiduría humana, y hará de la predicación de Cristo crucificado su gran obra y estudio.

La razón de esto es que Cristo está en una cuádruple relación con la predicación. (1) Toda predicación consiste en explicarlo a Él: “De este dan testimonio todos los profetas” (Hch. 10:43). Y lo mismo hacen los cuatro evangelios y las epístolas apostólicas, que son como otras tantas predicaciones de Él; y aquella predicación que no está en relación con Él, está fuera del texto y de la marca¹¹.

(2) Él es presentado como el fundamento y la base de la predicación, de modo que la predicación sin Él [carece] de fundamento y es como construir, por así decirlo, un castillo en el aire. “Yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Co. 3:10-11) —dando a entender que toda predicación debe estar enmarcada y en consonancia con este fundamento—.

(3) Él se levanta como el gran fin de la predicación, no sólo para que los oyentes lo conozcan en sus juicios, sino para que lo tengan en alto en sus corazones y afectos. “No nos predicamos a nosotros mismos” (2 Co. 4:5), es decir, no sólo no nos predicamos a nosotros mismos como el tema, sino que no nos predicamos a nosotros mismos como el fin de nuestra predicación; nuestro objetivo no es ser grandes ni muy respetados, sino que nuestro fin en la predicación es engrandecer a Cristo.

(4) Él está en relación con la predicación, dado que Él es el poder y la vida de la predicación, sin Quien ninguna predicación puede ser eficaz, ni ningún alma puede ser cautivada y llevada a Él. Por eso dice Pablo: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero [no pueden soportar oírle], y para los gentiles locura; mas para los llamados... Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios” (1 Co. 1:23-24).

Tomado de Colección de sermones de James Durham: Cristo Crucificado: La médula del Evangelio en 72 sermones sobre Isaías 53 (*Collected Sermons of James Durham: Christ Crucified: The Marrow of the Gospel in 72 Sermons on Isaiah 53*), Vol. 2, ed. Coldwell (Dallas, TX; Grand Rapids, MI: Naphtali Press; Reformation Heritage Books, 2017), 83-87; usado con permiso.

James Durham (1622-1658): Influyente pactante escocés y ministro presbiteriano; nació y murió en Escocia, Reino Unido.



¹¹ **Fuera del texto y de la marca** – En desacuerdo con el texto y la autenticidad.

CRISTO, JUSTICIA NUESTRA

George Whitefield (1714-1770)

“En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA” (Jeremías 23:6).

DEBO considerar a quién debemos entender por la palabra *Jehová*: “JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA”. Si algunos arrianos¹ o socinianos² se sienten atraídos por la curiosidad de oír lo que el charlatán dice, que se avergüencen por negar la deidad de ese Señor que ha comprado a los pobres pecadores con su preciosa sangre. Pues la persona mencionada en el texto bajo el título de *Jehová* es Jesucristo. “He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA” (Jer. 23:5-6).

Por el Renuevo justo, todos están de acuerdo en que debemos entender a Jesucristo. Es a Él a quien se llama “*Jehová*” en nuestro texto. Siendo así, si no hubiera ningún otro texto en la Biblia para probar la deidad de Cristo, éste sería suficiente. Porque si la palabra *Jehová* pertenece propiamente a Jesucristo, Él debe ser Dios... Venid, pues, arrianos, besen al Hijo de Dios, póstrense ante Él y hónrenle como honran al Padre. Aprendan de los ángeles, esas estrellas de la mañana, y adórnense como verdaderamente Dios. De lo contrario, son tan idólatras como los que adoran a la virgen María.

Y en cuanto a ustedes, socinianos, que dicen que Cristo fue un simple hombre y, sin embargo, profesan que fue vuestro Salvador, según vuestros propios principios, son malditos. Porque, si Cristo es un simple hombre, entonces es sólo un brazo de carne. Y está escrito: “Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo” (Jer. 17:5). Pero yo esperaré que aquí no hubiera tales monstruos. Al menos, que después de estas consideraciones, se avergonzaran de seguir planteando

¹ **Arrianos** – Seguidores de Arrio, un obispo de Alejandría (250/56-336 d.C.) que enseñaba que Dios Hijo fue creado en un momento dado por Dios Padre y que antes de ese momento el Hijo no existía, y que, aunque el Hijo es un ser celestial que existió antes que el resto de la creación y que es mucho más grande que todo el resto de la creación, aún no es igual al Padre en todos sus atributos: Era divino, pero no la deidad. Los Testigos de Jehová son arrianos modernos.

² **Socinianos** – Seguidores de la secta fundada por Fausto Socino (1539-1604), teólogo italiano del siglo XVI, que negaba la deidad de Cristo y negaba que la cruz trajera el perdón de los pecados.

absurdos tan monstruosos. Porque por la palabra *Jehová*, debemos entender al Señor Jesucristo, Quien aquí toma para Sí mismo, el título de *Jehová* y, por lo tanto, debe ser Dios verdadero de Dios verdadero o como lo expresa devotamente el Apóstol, “Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Ro. 9:5).

A continuación, se considerará cómo el Señor ha de ser la justicia del hombre. Y es, en una palabra, por imputación. Porque plugo³ a Dios, después de haber hecho todas las cosas por la palabra de su poder, crear al hombre a su imagen. Y tan infinita fue la condescendencia de Aquel alto y sublime, Quien habita en la eternidad, que, aunque podría haber insistido en la obediencia eterna del hombre y su posteridad, sin embargo, se complació en obligarse a Sí mismo, por un pacto o acuerdo, hecho con su propia criatura, sobre la condición de una obediencia sin pecado para darles la inmortalidad y la vida eterna. Porque cuando se dice: “El día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn. 2:17), podemos inferir con justicia [que] mientras continuara siendo obediente y no comiera de él, ciertamente viviría. El tercer [capítulo] del Génesis nos da un relato completo, pero triste, de cómo nuestros primeros padres rompieron este pacto y, por lo tanto, necesitaron una justicia mejor que la suya propia para procurar su aceptación futura ante Dios. ¿Qué debían hacer? Estaban bajo un pacto de obras como siempre. Y, aunque después de su desobediencia quedaron sin poder, sin embargo, estaban obligados, no sólo a hacer, sino a continuar haciendo todas las cosas, y eso también, de la manera más perfecta que el Señor había requerido de ellos. Y no sólo eso, sino que para satisfacer a la infinitamente ofendida justicia de Dios por la rebeldía de la que ya habían sido culpables.

Aquí se abre entonces, la asombrosa escena de la filantropía divina: Quiero decir, el amor de Dios al hombre. Porque he aquí, lo que el hombre no podía hacer, Jesucristo, el Hijo del amor del Padre, se compromete a hacerlo por él. Y para que Dios fuera justo al justificar a los impíos, aunque Él era “en forma de Dios” y, por tanto, “no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”, sin embargo, tomó sobre Sí la “forma de siervo”, es decir, la naturaleza humana (Fil. 2:6-7). En esa naturaleza, Él obedeció y cumplió así, toda la ley moral en nuestro lugar, sufrió una muerte dolorosa en la cruz y se convirtió así, en maldición por o en lugar de aquellos que el Padre le había dado. Como Dios, satisfizo al mismo tiempo que obedeció y padeció como hombre; y siendo Dios y hombre en una sola persona, obró una justicia plena, perfecta y suficiente para todos aquellos a quienes había de ser imputada.

³ Plugo – Agradó.

Aquí vemos entonces, el significado de la palabra *justicia*. Implica la obediencia activa como también la pasiva, del Señor Jesucristo. Generalmente, cuando se habla de los méritos de Cristo, sólo se menciona lo segundo, es decir, su muerte, mientras que lo primero, es decir, su vida y obediencia activa, es igualmente necesaria. Cristo no sería un Salvador como nos conviene, a menos que unamos ambas cosas. Cristo no sólo murió, sino que vivió; no sólo sufrió, sino que obedeció por o en lugar de los pobres pecadores. Y ambas cosas juntas, constituyen esa justicia completa que nos ha de ser imputada, de la misma manera que la desobediencia de nuestros primeros padres fue hecha nuestra por imputación. En este sentido y no en otro, debe entenderse el paralelismo que san Pablo establece en el capítulo quinto de Romanos, entre el primer y el segundo Adán. Es lo que, en otro pasaje, él denomina ser “hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). Éste es el sentido en el que el profeta quiere que entendamos las palabras del texto; por eso Jeremías 33:16 [dice]: “... [A la iglesia] se le llamará [teniendo esta justicia imputada en ella]: Jehová, justicia nuestra” —un pasaje, creo, digno de la más profunda meditación de todos los hijos e hijas de Abraham—...

Pero ya es hora de que me acerque un poco más a sus conciencias. Hermanos, aunque algunos puedan ser ofendidos por esta doctrina y puedan considerarla una tontería, no dudo que para muchos de ustedes sea preciosa, pues es conforme a la forma de las sanas palabras que desde vuestra infancia se les ha transmitido y, viniendo de donde menos lo esperaban, puede ser recibida con más placer y satisfacción. Pero permítanme que les haga una pregunta: ¿Pueden decir: “Jehová, justicia *nuestra*”? Yo digo: “Jehová, justicia *nuestra*”. Porque abrigar esta doctrina en sus cabezas sin recibir al Señor Jesucristo salvadoramente, por una fe viva en vuestros corazones, no hará sino aumentar su condenación. Como les he dicho a menudo, se los repito: Un Cristo no aplicado, no es Cristo en absoluto. ¿Pueden entonces, exclamar como Tomás, el creyente: “Señor mío y Dios mío” (Jn. 20:28)? ¿Es Cristo su santificación, además de su justicia exterior? Porque la palabra *justicia* en el texto, no sólo implica la justicia personal de Cristo imputada a nosotros, sino también la santidad de corazón obrada en nosotros. Dios ha unido estas dos cosas. Él nunca las separó, nunca las separa, nunca las separará. Si son justificados por la sangre, también son santificados por el Espíritu de nuestro Señor.

¿Pueden entonces, decir en este sentido: “Jehová, justicia nuestra”? ¿Nunca se aborrecieron ustedes mismos por sus pecados actuales y originales, y aborrecieron su justicia propia (o como lo expresa bellamente el profeta, vuestras “justicias”) “como trapo de inmundicia” (Is. 64:6)? ¿Nunca se te hizo ver y admirar la suficiencia total de la justicia de Cristo, ni fuiste estimulado por el Espíritu de Dios a tener

hambre y sed de ella? ¿Pudiste decir alguna vez: “Mi alma tiene sed de Cristo, sí, aún más, de la justicia de Cristo? Oh, ¿cuándo compareceré ante la presencia de mi Dios en la justicia de Cristo? ¡Oh, nada más que Cristo! ¡Nada más que Cristo! ¡Dame a Cristo, oh Dios, y estaré satisfecho! Mi alma te alabará por siempre”. ¿Fue éste alguna vez, digo yo, el lenguaje de sus corazones? Y después de estos conflictos interiores, ¿fueron capaces alguna vez, de extender el brazo de la fe y abrazar al bendito Jesús en sus almas, de modo que pudieron decir: “Mi amado es mío, y yo suya” (Cnt. 2:16)? Si es así, no teman, quienquiera que sean. ¡Salve, salve, almas felices! El Señor, el Señor Cristo, el Dios eterno es vuestra justicia. Cristo los ha justificado; ¿Quién es el que os condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros (Ro. 8:33-34). Justificados ahora por su gracia, tenemos paz para con Dios (Ro. 5:1) y dentro de poco, estarán con Jesús en la gloria, obteniendo una redención eterna e inefable, tanto en el cuerpo como en el alma. Porque “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1). “Sea Pablo, sea Apolos... sea la vida, sea la muerte... todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Co. 3:22-23).

¡Oh, hermanos míos, mi corazón se ensancha hacia ustedes! ¡Oh, piensen en el amor de Cristo al morir por ustedes! Si el Señor es tu justicia, que la justicia de tu Señor esté continuamente en tu boca. ¡Hablen, oh, hablen y recomienden la justicia de Cristo, cuando se acuesten y cuando se levanten, cuando salgan y cuando entren! ¡Piensa en la grandeza del don, así como en el dador! ¡Muestren a todo el mundo en Quién han creído! ¡Que todos sepan, por sus frutos, que el Señor es su justicia, y que están esperando por su Señor desde el cielo! ¡Oh, esmérense para ser santos, así como es santo Aquel que los ha llamado y lavado en su propia sangre! Que no se hable mal de la justicia del Señor por causa de ustedes. No dejes que Jesús sea ofendido en la casa de los amigos de Él; “antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18) día tras día. ¡Oh, piensa en su amor agonizante! Deja que ese amor te constriña a la obediencia. Habiéndote perdonado mucho, ama mucho. Pregúntate siempre: “¿Qué haré para expresar mi gratitud al Señor por haberme dado su justicia?”. Que esa pregunta que abate al yo y exalta a Dios esté siempre en sus bocas. Oh, susurren siempre: “¿Por qué yo, Señor? ¿Por qué a mí? ¿Por qué yo soy tomado y otros son dejados? ¿Por qué el Señor es mi justicia? ¿Por qué Él vino a ser mi salvación, habiendo yo merecido, tantas veces, la condenación de sus manos?”.

¡Oh, amigos míos, confío en que siento algo del amor característico de Dios en mi corazón! Por tanto, debo dejar un poco de felicitarlos para

invitar a los pobres pecadores sin Cristo a que vengan a Él y acepten su justicia para que puedan tener vida.

¡Ay, mi corazón casi sangra! ¡Qué multitud de almas preciosas están ahora ante mí! Cuán pronto deben ser conducidas todas a la eternidad y, sin embargo, ¡oh pensamiento cortante! si Dios requiriera ahora todas sus almas, cuán pocas, comparativamente hablando, podrían decir realmente: “Jehová, justicia nuestra”.

¿Y piensan ustedes, oh *pecadores*, que podrán permanecer en pie en el Día del juicio si Cristo no es su justicia? No, sólo ese es el vestido de bodas en el cual se deben presentar. ¡Oh pecadores sin Cristo, estoy angustiado por ustedes! ¡Los deseos de mi alma se intensifican! ¡Oh, que éste sea un tiempo aceptable! ¡Oh, que el Señor sea vuestra justicia!

Porque ¿a dónde huirían, si la muerte los encontrara desnudos? En verdad, no hay forma de ocultarse de su presencia. Las miserables hojas de higuera de su justicia propia no cubrirán su desnudez cuando Dios los llame a presentarse ante Él. Para Adán fueron ineficaces y lo mismo serán para ustedes. ¡Oh, piensen en la muerte! ¡Oh, piensen en el juicio! Falta un poco y el tiempo no será más; y entonces, ¿qué será de ustedes si el Señor no es su justicia? ¿Creen que Cristo los perdonará? No, el que los formó, no tendrá misericordia de ustedes. Si están fuera de Cristo, si Cristo no es su justicia, Cristo mismo pronunciará su condena. ¿Y pueden soportar pensar en ser condenados por Cristo? ¿Pueden soportar oír al Señor Jesús decirles: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt. 25:41)? ¿Pueden vivir, piensan, en el fuego eterno? ¿Son sus carnes de bronce y sus huesos de hierro? ¿Y si lo son? ¡El fuego del infierno, ese fuego preparado para el diablo y sus ángeles, los calcinará hasta la médula! ¿Y pueden soportar apartarse de Cristo? ¡Oh, qué pensamiento tan desgarrador! Pregúntenles a esas almas santas que, en cualquier momento, se lamentan por un Dios ausente, que caminan en tinieblas y no ven la luz, aunque sólo sea por unos cuantos días u horas; pregúntenles qué es perder la vista y la presencia de Cristo. ¡Vean cómo lo buscan, afligidos, y van lamentándose en pos de Él todo el día! Y si es tan terrible perder el sentido de la presencia de Cristo sólo por un día, ¿cómo será estar desterrado de Él por toda la eternidad?

Pero así debe ser, si Cristo no es vuestra justicia. Porque la justicia de Dios debe ser satisfecha y, a menos que la justicia de Cristo les sea imputada y aplicada a ustedes aquí, deberán satisfacer la justicia divina en tormentos infernales eternamente en el más allá. Es más, como dije antes, Cristo mismo, el Dios de amor, los condenará a ese lugar de tormento. Y ¡oh, qué desgarrador es ese pensamiento! Me parece ver a pobres desdichados, temblorosos y sin Cristo, de pie ante el tribunal de

Dios, gritando: “Señor, si hemos de ser condenados, que algún ángel o arcángel pronuncie la sentencia condenatoria”. Pero todo en vano. Cristo mismo pronunciará la sentencia irrevocable. Conociendo, por lo tanto, los terrores del Señor, permítanme convencerlos de que se acerquen a Cristo y nunca descansen hasta que puedan decir: “Jehová, justicia nuestra”. ¿Quién sabe, si el Señor puede tener misericordia de ustedes, es más, perdonarlos abundantemente? Rueguen a Dios que les dé fe y, si el Señor se las da, recibirán por ella a Cristo con su justicia y su todo. No deben temer la grandeza o el número de sus pecados. Porque, ¿son pecadores? Yo también. ¿Son ustedes los primeros de los pecadores? Yo también. ¿Son ustedes pecadores reincidentes? Yo también. Y, sin embargo, el Señor (¡por siempre adorada sea su rica, gratuita y soberana gracia!), el Señor es mi justicia. Venid pues, oh jóvenes, que (como yo mismo actué una vez), están haciendo el papel del hijo pródigo y vagando lejos de la casa de vuestro Padre celestial, vuelvan a casa, vuelvan a casa y dejen vuestro comedero de cerdos. No se alimenten más de los desperdicios de los deleites sensuales. Por amor a Cristo, ilesántense y vuelvan a casa! Vuestro Padre celestial los llama ahora. Miren, más allá del mejor manto, aún mejor, les espera la justicia de su querido Hijo. Mírenla, véanla una y otra vez. Consideren a qué precio tan caro fue comprada, sí, por la sangre de Dios. Consideren qué gran necesidad tienen de ella. Sin ella, están perdidos, arruinados, condenados para siempre.

Vengan entonces, pobres pródigos culpables, vuelvan a casa. En verdad, no me enojaré como el hermano mayor. No, me regocijaré con los ángeles en el cielo. Y ¡oh, que Dios incline ahora los cielos y descienda! Desciende, oh, Hijo de Dios, desciende y, así como has mostrado en mí tanta misericordia, ¡oh, permite que el bendito Espíritu aplique tu justicia a algunos pródigos que ahora están ante Ti y viste sus almas desnudas con tu mejor manto!

Tomado de un sermón predicado el viernes, 11 de septiembre de 1741
(el calendario juliano); disponible en CHAPEL LIBRARY.

George Whitefield (1714-1770): Ministro anglicano, evangelista en el Gran Despertar y uno de los fundadores del metodismo; nacido en Gloucester, Inglaterra.



CRISTO, EL SOL DE JUSTICIA

Richard Sibbes (1577-1635)

“Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada” (Malaquías 4:2).

A PARTIR de la creación más gloriosa —“el sol”— se manifiesta al Creador más glorioso —“Cristo Jesús”— aprovechando la ocasión para ayudar, en gracia, a nuestro entendimiento mediante las cosas naturales¹. Nos enseña así, a hacer un doble uso de la creación, corporal y espiritual. A partir de la excelencia de las cosas creadas, Él eleva nuestras mentes para considerar la excelencia del Creador. Así que, si estas cosas tienen belleza y fuerza, y son gratas, cuánto más lo es Aquel que las dota de estas cualidades. Así, como los ríos conducen al mar, así estas cosas creadas deben conducirnos a la gloriosa majestad de Dios.

Pero la principal observación es que Cristo es el Sol de justicia. Porque, así como por naturaleza no se halló engaño en sus labios, así Él es, habitual y realmente, justo. Él es sabiduría, justificación², santificación³ y redención⁴ (1 Co. 1:30). Él es comparado con el sol porque,...

En primer lugar, como toda la luz se reunió en el cuerpo del sol y de él [se comunica] a nosotros, así “agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Col. 1:19). Por tanto, los que buscan la perfección fuera de Cristo, buscan la luz fuera del sol.

En segundo lugar, así como no hay sino un sol, tampoco hay sino un Sol de justicia. Por lo tanto, ¿qué necesidad hay de dos cabezas o dos maridos? ¡Necesariamente, uno de ellos es adúltero! Cristo lo hace todo

¹ **Nota del editor** – Este artículo ha sido editado más de lo habitual para facilitar su lectura.

² **Justificación** – La justificación es un acto de la gracia de Dios, en que Él perdona todos nuestros pecados (Ro. 3:24; Ef. 1:7) y nos acepta como justos delante de Él (2 Co. 5:21), sólo por la justicia de Cristo imputada a nosotros (Ro. 5:19) y recibida sólo por fe (Gá. 2:16; Fil. 3:9) (Catecismo de Spurgeon, Pregunta 32) y ver Portavoz de la Gracia N° 4: *Justificación*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

³ **Santificación** – La santificación es la obra del Espíritu de Dios (2 Ts. 2:13) por la que somos renovados en todo a la imagen de Dios (Ef. 4:24) y nos vamos capacitando, más y más, para morir al pecado y vivir para Dios (Catecismo de Spurgeon, Pregunta 34) y ver Portavoz de la Gracia N°35: *Santificación*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

⁴ **Redención** – Liberación de los hijos de Dios del pecado, mediante el rescate pagado por Cristo en su favor.

mediante su Espíritu, Quien es su vicario⁵. No es necesario otro vicario, aunque hubiera mil mundos más.

En tercer lugar, como el sol está arriba en el firmamento, así Cristo es exaltado a lo alto para transmitir sus gracias y virtudes a todo su [pueblo] aquí abajo. [Así como] el sol da vida y vitaliza la tierra, sí, y todas las cosas que hay en ella, aunque no sea sino un sol.

En cuarto lugar, así como el sol obra en gran manera en todas las cosas de aquí abajo, así también Cristo lo hace.

En quinto lugar, así como el sol es la fuente de la luz y el ojo del mundo, así Cristo es la fuente de toda luz espiritual. “Yo soy la luz del mundo”, dice de Sí mismo (Jn. 8:12). Él es esa luz que alumbraba al mundo, dice san Juan de Él (Jn. 1:9) y, por eso, Zacarías lo denomina “la aurora⁶ que nos visitó desde lo alto” (Lc. 1:78).

En sexto lugar, así como el sol nos indica hacia dónde ir y por cual camino, así Cristo nos enseña a ir al cielo y por qué medios —qué deberes cumplir, qué cosas evitar y qué cosas soportar—.

En séptimo lugar, así como el sol es agradable (Ec. 11:7) y las tinieblas son terribles, así Cristo es reconfortante. Porque donde Él llega, hace que todos estén en paz y envía a su Espíritu, el Consolador. Ahora Él está en el cielo. Por tanto, así como la ignorancia y el error se expresan por las tinieblas, así, en cambio, el gozo y la honra y el conocimiento que trae, se expresan por la luz (Est. 8:16); Cristo es quien nos guía, nuestro sostén. Sin Él, ¿qué somos? ¿Y qué hacemos, sino gloriarnos en nuestra vergüenza?

En octavo lugar, por los rayos del sol se transmite la influencia⁷ para hacer crecer las cosas, y distinguir los tiempos y las estaciones. Así, Cristo, por su poder, anima todas las cosas y por eso se le llama el “espíritu vivificante” (1 Co. 15:45). Porque Él vivifica el alma muerta y oscura, la cual, hasta que Cristo brille sobre nosotros, será un calabozo de ignorancia e incredulidad. Y así como su Espíritu sopla sobre nuestros espíritus, así también, obra una primavera en el crecimiento de la gracia o un verano en la fuerza del celo.

En noveno lugar, el sol produce estos efectos, no descendiendo hasta nosotros, sino por influencia. Y entonces, ¿seremos tan tontos como para imaginar que Cristo debe venir necesariamente, de manera corporal a nosotros en el sacramento⁸ o que no hay otra obra del Espíritu por medio

⁵ **Vicario** – Persona que actúa en lugar de otra; el Espíritu representa a Cristo en la tierra.

⁶ **Aurora** – Amanecer; salida del sol.

⁷ **Influencia** – Capacidad, poder, energía.

⁸ **Nota del editor** – Como creen los católicos romanos acerca de la transubstanciación.

de esa ordenanza? ¿Siendo el sol naturalmente tan poderoso en su operación, no será este Sol de justicia más poderoso por la influencia de su Espíritu para consolarnos y vivificarnos, aunque Él no venga corporalmente en un pedazo de pan?

En décimo lugar, así como el sol obra libremente, extrayendo vapores para disolverlos en lluvia sobre la tierra y refrescarla cuando está seca, así lo hace Cristo. Él vino libremente del cielo a nosotros y, libremente, atrae nuestros corazones al cielo, los cuales no pueden ascender allá, sino por su poder de exhalación⁹. Cristo es nuestro imán que atrae hacia arriba estos corazones nuestros tan duros como el hierro, haciéndonos despreciar este mundo vil, considerándolo escoria y estiércol...

En undécimo lugar, como el sol brilla sobre todos, pero no calienta a todos, así Cristo es ofrecido a todos. Él brilla sobre todos los lugares donde llega el Evangelio, pero no todos son iluminados y no todos los que son iluminados, arden en amor por Él. Es más, algunos se endurecen más, dado que es la naturaleza del sol endurecer algunos cuerpos.

En duodécimo y último lugar, así como el sol vivifica y da vida a las criaturas muertas¹⁰, así también Cristo, por su poder, vivificará nuestros cuerpos muertos y los resucitará cuando venga para juzgar. Y a pesar de todos estos detalles, Él no es en todo semejante porque el sol brilla sobre todos por igual. Pero Cristo no es así, porque muchos están en tinieblas eternas, a pesar de esta luz. Él es misericordia y, sin embargo, muchos están en miseria.

Tomado de Las obras completas de Richard Sibbes, (*The Complete Works of Richard Sibbes*), ed. Alexander Balloch Grosart, Vol. 7 (Edinburgh; London; Dublin: James Nichol; James Nisbet and Co.; W. Robertson, 1864), 169-170; de dominio público.

Richard Sibbes (1577-1635): Uno de los primeros predicadores puritanos en Cambridge y, más tarde, en Gray's Inn, Londres; nacido en Tostock, Suffolk, Inglaterra.



Ciertamente, el Antiguo Testamento contiene mucho más de Cristo de lo que algunos admiten. Partes del [Salmo 21], no pueden recibir más que una interpretación superficial y pobre, a menos que se apliquen a Cristo. —*William S. Plumer*

El Verbo encarnado es la clave de la Palabra escrita. Es la Persona y la obra de Cristo lo que da sentido y bendición a lo que se encuentra en los tipos del Antiguo Testamento. —*A. W. Pink*

⁹ **Poder de exhalación** – Se refiere al poder de atraer hacia arriba.

¹⁰ **Da vida a las criaturas muertas** – Probablemente, habla desde un pensamiento de generación espontánea de vida, a través del poder del sol.

CRISTO EN TODAS LAS ESCRITURAS

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“Les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24:27).

LOS dos discípulos en el camino de Emaús, tuvieron un viaje muy provechoso. **Su compañero y maestro era *el mejor de los tutores*.** El intérprete [era] uno entre mil “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3). El Señor Jesús consintió en convertirse en un predicador del Evangelio y no se avergonzó de ejercer su llamamiento ante una audiencia de dos personas; y tampoco rehúsa ahora, convertirse en maestro de una sola persona. Busquemos la compañía de tan excelente instructor porque hasta que Él no nos haga sabios, nunca seremos sabios para la salvación.

Este inigualable tutor, utilizó como su libro de clase *el mejor de los libros*. Aunque era capaz de revelar nuevas verdades, prefería exponer las antiguas. Él sabía, por su omnisciencia, cuál era la manera más instructiva de enseñar y, dirigiéndose inmediatamente a Moisés y a los profetas, nos mostró que el camino más seguro hacia la sabiduría no es la especulación, el razonamiento o la lectura de libros humanos, sino la meditación en la Palabra de Dios. La manera más fácil para ser espiritualmente rico en el conocimiento celestial, es cavar en esta mina de diamantes y recoger perlas de este mar celestial. Cuando Jesús mismo trató de enriquecer a otros, trabajó en la cantera de la Sagrada Escritura.

El par favorecido fue llevado a considerar *el mejor de los temas*, pues Jesús habló de Jesús y expuso las cosas concernientes a Él mismo. Aquí, el diamante cortó al diamante y, ¿qué podría ser más admirable? El Señor de la Casa abrió sus propias puertas, condujo a los invitados a su mesa y colocó sobre ella sus propios manjares. El mismo que escondió el tesoro en el campo, guio a los buscadores hasta él. Nuestro Señor hablaba, naturalmente, de los temas más dulces y no podía encontrar ninguno más dulce que su propia persona y obra.

Con la vista puesta en ellos, debemos escudriñar siempre la Palabra. ¡Oh, por gracia para estudiar la Biblia con Jesús como nuestro maestro y nuestra lección!

Tomado de Mañana y tarde: Lecturas diarias (*Morning and Evening: Daily Readings*) (London: Passmore & Alabaster, 1896); de dominio público.

